
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00022683945

M A R Ú

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El molino quemado
El libro de las Rondas
Las parejas negras. Ed. Gleiser.
(Premiado en el concurso literario de la mejor obra en prosa, año 1927, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública del Gobierno Uruguayo.

B O Y

MARÚ

Novela romántica
desarrollada en cartas



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1927

Octubre 15.

ADORABLE Marú: Si uno pudiese defenderse contra las tentaciones que le asaltan en la vida, el autor de esta carta no la hubiese molestado a usted nunca. Pero lo cierto es que ahora sólo una preocupación pone una cierta inquietud en el espíritu de este raro transeunte a quien usted no conocerá jamás y que tan inusitadamente se le dirige de pronto: la preocupación de que antes tenga motivos para romper esta carta que para seguir leyéndola hasta el punto en que pueda interesarle. Es necesario que empiece diciéndole que ese temor es lo que me ha detenido a escribirla durante muchos días, muchos días de zozobras, de dudas, de vacilaciones; pero también es necesario que en seguida le confiese que ha podido llegar un momento en que la tentación, convertida en urgencia orgánica, ha superado todos los escrúpulos de la sensa-

tez y me ha decidido a este paso temerario. Una mujer como usted, para quien la vida de las sensaciones más refinadas no debe tener secretos, ofrece siempre la valla de una indiferencia que por ser consciente y por ser estudiada es la peor de las vallas para un asaltante tan indefenso como yo. Lo creo así y así se lo confieso, porque tal vez ocurra que en el fondo de su alma haya una cualidad misericordiosa, un refugio de algo compasivo que neutralice los efectos de aquellas otras condiciones de fría hostilidad y me ofrezca un conducto favorable.

Yo me conformaría por lo pronto con que usted fuese curiosa y con que yo alcanzase a herir su curiosidad. Voy, pues, derecho a decirle espontáneamente, con palabras que salen del corazón, que esta carta no es la carta de un galanteador vulgar, por mucho que usted imagine que los galanteadores vulgares son precisamente los que más hablan con palabras del corazón. Hablar con palabras del corazón no siempre quiere decir que se le tiene destrozado. A veces se le tiene muy alegre y muy entero, o bien, no se le tiene de ningún modo, y sin embargo salen las palabras. Pero de todas maneras, yo no podría decirle ahora cómo lo tengo. Además, sería muy pronto.

Sería demasiado pronto para que usted creyese en lo que todavía no puede comprender. Sólo tengo que añadirle que no quiero perder la esperanza de que algún día lo comprenda, porque eso equivaldría al renunciamiento de lo único que hoy me interesa en la vida.

Una noche, hace de esto cuatro meses justos, concurrí a una gran exposición de retratos fotográficos. No necesito decirle dónde fué, puesto que había uno de usted en la exposición. Me detuve ante él desconcertado, y luego de mirarlo largamente seguí haciendo frecuentes visitas a su fotografía. Estaba usted retratada en una actitud singular, una de esas actitudes que jamás se les ocurren a los fotógrafos, con un abrigo de seda ligeramente caído, la cabeza puesta en perfil y la mirada indolentemente fija en una mano de largas y finas uñas que acariciaban con sugestiva nerviosidad un pliegue de la seda que describía una línea suprema desde lo alto de un hombro. Aquel pliegue se perdía en la cintura de una falda vaporosa y más abajo asomaba una rodilla que premeditadamente renuncio a describirla. Su hombro derecho aparecía totalmente desnudo, dándonos fugitiva sensación de su leve morvidez una

sutilísima cadena de oro que por allí resbalaba inopinadamente y que después de sumergirse en los pliegues reaparecía contorneando un garabato y sujetando un par de impertinentes que ocasionaban frívolo pasatiempo a la otra mano afilada. Todo en usted era nervioso, inquieto y animado, pero con esa extraña nerviosidad, inquietud y animación especificamente femenina que acusan como una agitada llamarada interior apenas levemente insinuada por un vago estremecimiento de la epidermis y por alguna atrevida actitud de líneas quietas y estáticas. Difícilmente puede adivinarse cuándo lo artificial y lo amanerado deja de ser lo natural y lo sentido en una silueta tan adorable. Probablemente, nunca.

Como le digo a usted, yo me quedé suspenso de su retrato. Pensé en los retoques y artimañas de un fotógrafo hábil y condescendiente, hombre capaz de proporcionarnos lamentables decepciones, y fué preciso que más tarde la viese a usted en persona, a usted de carne y hueso, a usted en cuerpo y alma, para llegar a persuadirme de que, efectivamente, no siempre los originales salen favorecidos por las copias, sino que inversamente hay casos en que las co-

pias salen favorecidas por los originales. Tal era el extraño caso que se ofrecía a mi experiencia. ¿Tendré que decirle ahora que lo deploré de veras, que lo lamenté profundamente, al comprender que el original ansiado tenía que presentárseme mucho más esquivo, reacio e inabordable que la copia? He soñado dormido y he dormido despierto. Pero necesité saberlo todo, y de todo me enteré. Su nombre, su estado, su posición, su casa, su vida, sus aficiones, sus salidas, sus entradas, sus viajes, sus gutos, sus costumbres, todo; absolutamente todo. Una mujer de mundo, pero casada. Una dama exquista, pero honorable. Una señora joven, pero con nenes. Una criatura encantadora, pero imposible. Sobre todo, esto último: imposible. Imposible además de encantadora. Imposible para todos, pero más que para nadie para un hombre que tiene el bravo gesto de considerarse únicamente subyugado por lo que no puede ser. Con todo eso, le escribo a usted. Pero piense que le escribo por eso mismo; que le escribo escudado en la impunidad de esta convición virtualmente negativa. Hay otra impunidad: la de que usted no me conoce ni es probable que llegue a conocerme.

Y ahora puede usted llamarme cobarde, si es que ha podido ocurrir que no le tenga completamente sin cuidado algo de lo que le llevo dicho. Nunca podrá usted creer ni pensar de mí todo lo malo que yo he creído y he pensado al verme así de impotente para evitarle la más ligera inquietud. Más todavía: casi experimento la necesidad de sus reproches, de sus censuras, de sus recriminaciones. No podrá usted borrar de mi vida con todo eso el amargo placer que ahora siento al pensar que sus ojos celestiales enteran a su alma de lo que no pueden enterarla los oídos, y al adivinar que esas uñas pulidas y estremecedoras acariciarán con un ligero temblor, como debieron acariciar la seda de su vestido, este papel donde yo estoy volcando todas las ansias que únicamente usted me ha podido suscitar.

La he visto a usted en muchas partes. En teatros, en paseos, en biógrafos, en conferencias, en fiestas sociales, en kermeses, por las tiendas, por donde quiera que usted ha aparecido. Si alguna vez, al descender de su automóvil, le hubiese sucedido algún percance, es muy posible que el primer transeunte solícito en acudir en su ayuda hubiera sido yo. Tanto la he contemplado en esos fugaces momentos de mundana espectabili-

dad que hoy me consideraría abundantemente documentado para escribir un manual de la perfecta mujer de mundo, que yo titularía con su nombre: Marú. Llevo en la imaginación todos los rasgos de sus frivolidades como los rasgos de una leyenda clásica aprendida como el génesis de una teoría estética. Sé la manera que tiene usted de cuidar el pulimento de sus dedos y la osadía de sus peinados tras las cortinas de los antepalcos y conozco los pequeños secretos de ese estupendo arte con que representa el tipo modelo de la mujer desprevenida y despreocupada. Ni siquiera me es extraño su perfume favorito. Lo conocí una noche en que también conocí el acento de su voz, una noche en que estuvimos sentados bastante cerca, aunque en grupos diferentes, a bordo de un lujoso trasatlántico. Fué la noche en que también supe quién era su marido. Pero de lo que me pareció este distinguido sportman, nada le diré a usted. Tengo la seguridad de que cuanto mejores fueran las impresiones que sobre este señor le declarase tanto menos se fiaría usted de la sinceridad de mis palabras. Y la verdad es que en semejante caso uno no acierta a saber quién debe hablar primeramente: si el enamorado o el caballero. En

vista de que no es fácil ni humano que ambos coincidan en sus apreciaciones, lo más discreto será que no dejemos hablar a ninguno de los dos. Pasaré, pues, de largo sobre este señor como en algunas novelas solemos pasar de largo sobre lo que se refiere a ciertos personajes que a nosotors se nos figura que están de más en el libro. Usted me entenderá perfectamente. De manera que vuelvo a su persona para que usted no olvide que su persona es lo único que en esta novela llama mi atención.

¿Logrará interesarle a usted algún día? Por mí no ha de quedar, puesto que la presente no es sino la primera carta de una serie indefinida. Sólo que como conviene evitar sorpresas desagradables que podrían echarlo todo a perder, la segunda y las que sigan no llegarán a sus manos por el mismo conducto que ésta. Si desea usted leerlas, las hallará en la oficina del servicio postal del Palace Hotel.

Jorge.

II

Octubre 20.

ADORABLE Marú: He dejado trascurrir cinco días antes de resolverme a llevar al buzón esta carta decisiva. La llamo decisiva porque del hecho de que usted la retire de la oficina indicada o la deje en ella para siempre depende que yo sepa si he tenido o no la ventura de suscitar su curiosidad. Muchas cosas que pudieron ser grandes empresas han fracasado en el mundo por un detalle pueril e insignificante, como lo es un cálculo equivocado, una hora mal tomada, una ocurrencia incongruente, una actitud fuera de propósito, tal vez una simple palabra fuera de lugar. Digo esto pensando en que bien puede suceder que el contenido de mi primera carta, — detalle pueril e insignificante si quisiera compararlo con todo lo que ahora siento por usted — hubiera hecho fracasar estúpidamente el objeto a que me llevaba la situación de ánimo

que la inspiró. Estoy atolondrado desde que la escribí, sin poder poner en pie cuatro palabras seguidas de las muchas que en la carta coloqué, como si mi sistema mental hubiera funcionado mecánicamente, reproduciendo cosas que le dictaba un sistema nervioso desorganizado, cosas que la memoria no pudo retener y que ahora no concibo hasta dónde habrán llegado ni qué resorte habrán movido en la intimidad de usted.

Sea de ello lo que fuere, yo necesito creer que no ha tenido usted valor para reirse de mí. Le concedo que se haya sorprendido. Una mujer como usted, una mujer habituada a las mimosidades egoístas, sensuales y convenientemente calculadas de los admiradores que frecuentan su casa y su palco, tiene que experimentar una sacudida nerviosa ante la aparición de un tipo tan extraño. La época de los apasionamientos románticos ya pasó, o por lo menos han descendido a esferas más humildes, a esferas de penurias sociales los herederos de aquel espíritu lacrimoso, doliente y despilfarrado que todas las cosas grandes las asociaba a la muerte. Pero a pesar de todo, yo todavía algunas veces llego a pensar en que tal vez usted, algo cansada ya de ser eternamente el bibelot nacarado de una exótica fantasía japo-

nesa, aguijoneada por la misma agilidad de esa psicología insaciable que se asoma a lo verde de sus pupilas, sienta un poco de curiosidad por este personaje que de pronto le escribe sin conocerla y le habla con palabras de tormento. Yo tengo la intuición de que usted vale demasiado para no desear la tentación de las aventuras inusitadas y de las emociones nunca sentidas. Yo creo, en fin, que usted no puede oponer una resistencia seria a cambiar repentinamente un rato su papel de figulina de biombo por el de protagonista de una noble comedia de todos los tiempos. Quizás una noche sonreirá usted en silencio y con orgullo, y pensará contemplando despectivamente las solicitaciones neuróticas de un amigo de su marido que le brinda un marrón glacé: "¡Qué sabrá este pobre diablo de ciertas cosas!"

Anteanoche volví a verla en el teatro. Vestía usted una de esas túnicas sintéticas e ilusorias que idearon los modistos para las escasas mujeres que nada tienen que pedir a la suntuosidad de la vestimenta, como aquellas tanagras que eran un milagro de ingravidez por donde quiera que se las mirase. Iba usted con su amiga Yolanda (también sé cómo se llaman sus amigas) esa joven glotona, coqueta y conversadora que

con tanto acierto sabe imitarla a usted en la manera de aplanarse el cabello sobre la nuca, en justa correspondencia a lo acertadamente que usted sabe imitarla a ella en otras cosas. En el fondo del palco su marido se aburría como de costumbre y lanzaba a sus espaldas, también como de costumbre, la injuria de unos bostezos realmente insoportables. Luego, entre usted y Yolanda, apareció ese joven colorado a quien usted le llama Cerecita, haciendo todo lo posible por demostrar que, en efecto, usted posee un talento muy curioso para eso de poner motes a las figuras de su ronda. Indudablemente, la cabeza de Cerecita oscila a un lado y a otro en vaivén desconcertante, sin acabarnos de sacar de la atormentadora incertidumbre que sugiere al no dejarnos ver definitivamente para quien son sus más densos pensamientos, si para Yolanda o para Marú. De lo que no cabe duda es de que sus más dulces bombones son para Yolanda, puesto que ella es quien se los devora. Así: ¡se los devora!

En el segundo entreacto la tertulia de su palco se animó bastante con la presencia del doctor y de tres socios del Club que volvían de un banquete con grandes camelias blan-

cas en el ojal. Me quiso parecer que usted embromaba al doctor por tenerle profundamente malhumorado las desastrosas desafinaciones del caballero que tocaba el fagot. Pero al doctor resulta que le gusta que usted lo embrome, porque con ese motivo se le aproxima al oído para exponerle sus teorías filarmónicas. Yo no quiero imaginar que a usted no le resulten inaguantables las teorías del doctor. Como usted se sonríe de una manera tan indescifrable, nunca sé qué pensar sobre este punto. Anteanoche concluí por retirarme a tomar café. Cuando volví a la sala, ya al final del entreacto, estaba usted alejada de la conversación, al parecer un poco pensativa, dándose mordisquitos en los labios y resbalando los dedos por la felpa de la baranda del palco. De vez en cuando le dirigían la palabra, pero usted respondía sin volver la cabeza. ¿En qué pensaba usted?

¿Habría recibido mi carta? ¿Habría empezado a leerla? ¿Habría seguido leyéndola? ¿Habría llegado hasta el final? ¿Y qué habría escrito yo en aquella carta? ¿Habría escrito algo que lograse interesarla? ¿Sería posible eso? ¿O estaría usted pensando en

las últimas recomendaciones que le hizo al zapatero? Porque no negará usted que aquellos zapatitos de color perla le lastimaban un poco...

Jorge.

III

Octubre 24.

ADORABLE Marú: ¡Ya soy un hombre feliz! Soy un hombre feliz desde esta mañana a las diez y media, hora en que fuí a la oficina postal y vi que habían retirado la carta que hace cuatro días dejé allí para usted. Serán estos cuatro días inolvidables en mi existencia, inolvidables por las ilusiones, por las zozobras, por las esperanzas y las desesperanzas que han gravitado como un temblor perenne sobre toda mi naturaleza. Es posible que alguna vez en su vida haya tenido usted un enfermo grave y haya sentido en su alma las rápidas oscilaciones provocadas por esos diagnósticos que nos tienen en suspenso entre la vida y la muerte, atentos a las intermitencias del termómetro durante noches y noches. Unicamente así podrá usted darse una idea de lo que yo he venido experimentando durante mis frecuentes y automáticas visitas a la oficina postal

por efecto de dos suposiciones o dos presagios siempre en pugna y destruyéndose el uno al otro dentro de mi pensamiento. Yo no sé hasta qué punto me considero con derecho para comunicarle a usted estas manifestaciones sensibleras, patológicas, y dislocadas, estas manifestaciones de un hombre que no puede ser dueño de sus actos. Puesto que usted es mujer de gustos exquisitos y sutiles, yo tiemblo al imaginar que pudieran fastidiarle estas emotividades de melodrama amoroso de bajo nivel estético. Pero yo creo que he llorado como una criatura y como a una criatura me consentirá usted que le diga que esta mañana he sentido algo así como que mi alma toda se arrodillaba en un transporte de infinita gratitud. Ya sabe usted que solamente las emociones infinitas sugeridas por la contemplación de consecusiones también infinitas especifican ciertas actitudes que sólo dejan de parecer ridículas para parecer sublimes.

Yo no puedo saber lo que en estos momentos opinará usted de mí. Pero como desde luego tienen que ser radicalmente distintos los motivos que a mí me impulsan a escribirle y los motivos que a usted la inducen a leerme, ya que hay una gran diferencia entre una fuerte pasión y una simple curiosi-

dad, opto por esforzarme en recuperar la necesaria compostura, ordenándome maquinalmente el pelo y la corbata, a fin de no resultarle a usted un personaje demasiado grotesco. No será fácil que si lo soy deje de parecérselo. Mi voluntad sería que usted pudiera hacer abstracción absoluta y anulación completa de mi individualidad tangible; que me contemplase usted desde la intimidad de su alma y en las horas de silencio como una de esas figuras imaginarias que se nos acercan en el libro predilecto, que nos sugestionan en sus hojas, que adoramos en sus páginas, que acaso vivamente anhelaríamos ver transfiguradas en sustancia material, pero que nos resignamos a amar de una manera más blanda, más tierna y más suave en la región de lo inconsutil, que sin saberlo nosotros suele ser casi siempre lo mejor. Es en mí, por lo tanto, un testimonio de nobleza, o por lo menos de galantería, el desear que usted sepa resignarse a lo mejor, que será resignarse a no conocerme nunca sino de este modo, que quizás sea conocerme del modo menos desagradable.

Y no le digo más. Adivino que le choca a usted el misterio en que pretendo sumergir ante sus ojos mi individualidad; pero la engañaría a usted si no me apresurase a pre-

venirle que probablemente le chocaría a usted más el hecho de que ese misterio se disipase. Al fín y al cabo, algo he debido llegar a interesarle a usted cuando usted se ha decidido a recoger mi segunda carta. Y ese interés, que es mi única conquista posible, me parece demasiado apreciable para someterlo a una prueba harto arriesgada. Desde luego, y aparte de otras graves consideraciones que me reservo, se encontraría usted en presencia de un temperamento que desgraciadamente tiene muy poco de común con esos suaves mariposeadores que la miman a usted como a una golosina de la que se conforman con extraer una grajea. Pero además también la engañaría si le dijese que solamente me parece usted una mujer imposible por las pudorosas consideraciones debidas a su estado civil y por el fundado temor de que entre la psicología de mi pasión y la atmósfera en que usted respira se produjese una incompatibilidad de elementos difícilmente allanable. Todo esto, con ser muy fuerte, quizás no lo fuera tanto como un rato de locas sinceridades. Hay otra cosa, Marú, que yo jamás se la confesaré, pero que me resuelve a rogarle con toda el alma que sólo hablemos de mi persona como de la de un héroe de leyenda, un tipo del

silencio de los libros al que usted infundirá dentro de su imaginación errante todas las perfecciones de la virilidad y todas las bizarrías de su ideal masculino. Piense usted que así soy yo, como usted quiera: es decir, alto o bajo, delgado o grueso, afeitado o con barbas, tranquilo o nervioso, conversador o callado, ardiente o frío, débil o pausado, sensato o derrochador, sobrio o lujurioso... De cualquier modo, como usted quiera, adaptable a su gusto, rendido a sus deseos, resuelto a todo; su ideal masculino, en fin, porque no es justo que siendo usted mi ideal femenino deje yo de colocarme en actitud de correspondencia.

Jorge.

IV

Octubre 26.

ADORABLE Marú: Ya no me cabe duda de que usted se interesa por mí, o por lo que yo le escribo, que para el caso es igual. Mi carta de anteayer desapareció de la oficina rápidamente, con rapidez inesperada, a las pocas horas de haber sido anunciada en el casillero. Y en seguida he tenido un presentimiento: el de que antes de que pasen muchos días usted no ha de retirar una carta mía sin dejar otra carta para mí. En una palabra: usted me escribirá. Y usted me escribirá porque tiene que escribirme, sin explicaciones ni razonamientos, de la misma manera que yo tenía que escribirle a usted y ahora le estoy escribiendo. De lo contrario, será que yo vengo siendo víctima algo trágica de una burla ignominiosa, otra cosa que también presentí cuando puse en el buzón aquella mi primera carta en la que no recuerdo si se lo dije. Pero su solicitud por co-

nocer mis cartas y otras circunstancias demostrativas, me inclinan resueltamente al optimismo.

Entre esas circunstancias puedo citarle el hecho de que durante las últimas veces que ha concurrido usted a lugares donde la ha podido ver, la he encontrado un poco inquieta y desasosegada, como pretendiendo descubrir o adivinar entre el gentío anónimo la presencia insólita, por no decir insolente. Usted no ha descubierto ni ha adivinado nada, porque para mí ha empezado una etapa de grandes sacrificios, teniendo que debatirme entre dos necesidades perennes y antagónicas: la necesidad de verla a usted y la de inhibirme a su descubrimiento. Pero entre tanto me he sentido buscado, requerido, acosado por esos ojos y ese pensamiento que durante tanto tiempo circularon con su brillo único por tan diferente derrotero, y esta nueva sensación me ha confirmado en la idea — ¡milagrosa idea! — de que usted necesita de mi existencia casi tanto como yo necesito de la de usted. Por eso tengo el presentimiento de que me escribirá y de que me escribirá muy pronto. ¿A dónde? Al pie de la presente carta hallará usted unas señas que no son las mías naturalmente, pero que, naturalmente también, conducirán sus car-

tas a mis manos. Entonces empezaremos a experimentar la sensación plena de esta extraña aventura galante. Y después sucederá lo que Dios quiera, si es que Dios quiere que suceda algo. De todos modos, lo que hayamos vivido en estos días incoherentes y en estas cartas inverosímiles no pasará al montón de los recuerdos con menos huella de tránsito que cualquier acontecimiento de la vida.

Y dejo la filosofía de la aventura para sumergirme en la filosofía de mi pasión.

Usted tiene para mí las propiedades afirmativas de la luz, de la luz que determina el espacio, describe las distancias, da contorno a los objetos, clasifica las individualidades y hasta nos enseña su condición, su especie, su género y su calidad. De esta manera, usted aparece ante mi discernimiento como unidad de medida para apreciar las cosas que habitan dispersamente a su alrededor, como en una ceremonia de homenaje. La miro a usted entre sus rondadores y en seguida deduzco lo que cada uno vale y cada uno significa. Y desde ya le aseguro que todos me resultarían indignos de usted, indignos de las claridades que usted difunde, si no fuera porque de esas claridades deduzco toda la superioridad de su persona con

respecto a las demás. No quiero decirle ahora lo que a esa luz me parece su marido. Le prometí ya una cosa que debo cumplir, y que puedo cumplir, entre otras muchas razones porque tengo la convicción de que su marido y yo funcionamos en órbitas tan distantes, tan lejanas y tan diferentes que jamás podríamos considerarnos en situación de rivalidad. Hoy ya tengo el orgullo de creer que ni ese hombre ni otro alguno han suscitado en sus nervios y han removido en su alma las inquietudes y las sensaciones hasta ahora dormidas que en su alma y en sus nervios he removido y suscitado yo.

No sé cómo, ni tampoco me interesa mayormente.

En cambio sé, y esto sí me interesa decirlo, que a pesar de lo mucho que he rodado por el mundo y lo desordenamente que en el mundo he querido, jamás hallé mujer alguna que lograse desencadenar en el fondo de mi espíritu las ansias que he sentido en presencia de usted. Recuerdo ahora que uno de aquellos días en que yo iba a detenerme ante aquel retrato suyo, me dijo un hombre que me acompañaba:

—¿Ha notado usted qué éxito el de esta Exposición?

—En efecto — le respondí. — Pero a mí me resulta un desastre.

—¿Por qué?

—Porque me lo parece todo aquello en que veo que de dos componentes buenos hacen una mala totalidad. Todos esos retratos de mujeres ofrecerían un conjunto admirable, pero si no se viesen descalificados por el de aquella que está en el ángulo.

Mi amigo dijo entonces:

—¡Ah! La mujer de Mauricio. ¡Divina mujer!

—¿Se casó hace mucho tiempo?

—Lo menos ocho años. No tienes más que ver cómo va con el marido. ¡Ya se cuenta cada cosa!

Me moría por saber lo que de usted se contaba, pero se improvisaba en mi espíritu un brusco sacudimiento de resistencia que me inducía a preferir no saber nada. Jamás me ha gustado saber aquello que por cualquier causa no he podido explicarme. Después de entonces la he venido siguiendo a usted durante más de cuatro meses y ya he tenido motivos para explicármelo todo. Pero le diré también que nada de lo sabido ha logrado sorprenderme. Por el contrario, todo me ha parecido perfectamente normal. Sólo se cuentan de una persona cosas insó-

litas y extravagantes cuando esa persona se diferencia radicalmente de las personas que la rodean. Falta saber una cosa, y es de parte de quién está la superioridad, en el caso de que la haya: si de parte de quien asombra, o de parte del asombrado. En cuanto al caso presente ¿tendré que reiterarle mi parecer?

No me gusta ser pesado. Además, ya le he dicho bastante para expresarle mi convencimiento de que entre usted y la gente de su amistad no ha podido haber en la vida una sola hora de íntima plenitud, y bien pudiera suceder que la repetición de estas confidencias insidiosas la tradujese usted como manifestaciones de un celoso insoportable.

Y a esto iba, precisamente. Pero hoy no puede ser. Son ya las tres de la tarde y no quiero que usted pase esta noche sin saber que he tenido un feliz presentimiento.

Jorge.

V

Noviembre 10.

MARU: Hace hoy quince días que dejé en el buzón mi última carta y veo que usted ha decidido no retirarla.

Como a pesar de lo bien encubierto que va su nombre, esa carta constituye allí un peligro, he resuelto dirigirle esta a su casa para rogarle que retire aquella y también que la rompa sin leerla. Y nada más. Porque su propósito no puede ser otro que el que lógicamente imagino, y me doy por enterado desde ahora. Mis cartas no volverán a molestarla. En cuanto a mi presencia, puesto que felizmente tiene que pasar inadvertida para usted, también le asegura la tranquilidad.

Quedo yo. Pero quedo preguntándome si ya puede importarme algo la tranquilidad al cabo del tiempo que hace que me separé de ella. Mi problema es bastante más modesto y tiene una solución casi divertida: la de em-

prender un largo viaje de olvido el día en que ya no me sienta con valor para seguir paseando mi melancolía por los lugares a donde concurre usted.

Dice un adagio español que quien quita la ocasión quita el pecado. Aunque ya habíamos convenido en que el nuestro era imposible.

Jorge.

VI

Noviembre 12.

ATOLONDRADO fantaseador: No conozco ese libro extraordinario donde probablemente debe haber leído usted algo sobre la existencia de una mujer que llega a interesarse por un hombre a quien nunca ha visto ni verá jamás.

Esto no quiere decir, sin embargo, que ese libro no exista ni que no pueda existir esa mujer. Yo misma, — ¿por qué negarlo! — he llegado a leer con cierta curiosidad las inflamadas cartas que me ha escrito y hasta he llegado a sentir por el autor (tampoco se lo niego) un poquito de interés.

Pero nada más que un poco.

El suficiente para decirle ahora que de todas las declaraciones que me ha hecho, solamente una me parece razonada y aceptable: la que se refiere a su viaje. Yo le aconsejo que se embarque cuanto antes.

Y para que no se vaya sin ver cumplido ese presentimiento que tan ardientes cosas

le obligó a escribirme, le doy a conocer mi letra como una prueba de gratitud.

Soy mujer y no puedo remediarlo. Aun sin saber de dónde vienen, me conmueven las galanterías.

Y algunas veces, ¡quién sabe!, la incógnita parece lo mejor.

Marú.

VII

Noviembre 13.

ADORABLE Marú: ¡Ya no me embarco! En primer lugar, porque nunca pensé en embarcarme. Le hablé a usted sencillamente de emprender un largo viaje de olvido cuando ya me sintiese sin alma para arrastrar a su paso mi melancolía, y la verdad es que hay otros medios más rápidos y expeditivos para quitarse de enmedio por mucho tiempo.

Y en segundo lugar, porque aunque hubiera pensado en ello, me habría bastado conocer su letra para deshacer las valijas y romper el pasaje.

De manera que ya lo sabe usted: lo siento profundamente, pero no puedo obedecerla. ¡Me quedo aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! Y además, rompo el compromiso que tan solemnemente contraje al decirle a usted que mis cartas no volverían a molestarla. Lo rompo, porque ya sé que mis cartas no le molestan.

Al revés: le agradan. Y no digo que la encantan, que la seducen, que la enloquecen por no darle un sentido demasiado forzado e hiperbólico a las palabras que usted escribió en su carta y que tantas veces he leído desde que la recibí. "Le doy a conocer mi letra como una prueba de gratitud. Soy mujer y no puedo remediarlo. Aun sin saber de dónde vienen, me conmueven las galanterías. Y algunas veces ¡quién sabe! la incógnita parece lo mejor".

¡Esto me escribe usted, Marú! ¡Y me lo escribe en una carta de despedida, para que yo no me embarcase enteramente desolado, y después de haberme dicho que soy un fantaseador, un loco, un atolondrado y que me vaya! ¡Pues no me voy, claro está! No me voy porque usted me ha dicho que he llegado a interesarle lo suficiente para aconsejarme eso, que es como confesarme que le intereso lo bastante para pedirme lo contrario. Además, pronto concluiremos por ponernos de acuerdo. O mejor dicho, ya lo estamos, ya lo estamos. ¿No ha tenido usted la elegante sinceridad de decirme que la incógnita parece muchas veces lo mejor de las galanterías? ¿Y cómo quiere entonces que yo la prive a usted de este secreto y sutilísimo homenaje, de este refinado y misterio-

so goce de intimidad que nada la compromete socialmente y que además le proporciona el placer de sentirse conmovida por eso que usted juzga lo mejor? Piense que si usted no se empeña demasiado, nunca me conocerá; nunca me conocerá sino de este modo, que como yo le decía y usted comprende, será la mejor manera de conocerme. Nunca, pues, le faltará lo mejor en sus naturales aficiones a la galantería, sin exponer ese sosiego convencional que muchas mujeres necesitan para parecer todo lo puras que no son. Quiere decir que en adelante podrá usted seguir viviendo esa vida que vive un tanto hastiada o decepcionada por la insustancialidad deletérea de sensaciones demasiado materiales, y, sin embargo, habrá una hora en sus días o un paréntesis en sus noches en que una carta misteriosa le dirá palabras que jamás a usted le dijeron y le promoverá emociones de las que nunca se olvidará. Y esto, entiéndalo bien, no por virtud de cualidades mías, sino por la abundancia de encantos en usted, o por ausencia de cualidades en quienes tengo la seguridad de que jamás supieron ver sus encantos a pesar de lo mucho que los miraron.

Jorge.

VIII

Noviembre 14.

HA puesto Dios, Marú, en muy pocos hombres el instinto necesario y adecuado para enderezar la sensibilidad hacia aquellas regiones de la belleza en que la belleza sugiere un temblor de espíritu. Yo creo que los grandes poetas del arte se equivocan cuando presumen que trasmiten a la gente sus emociones tales como ellos las experimentaron al reproducirlas. Más todavía: yo creo que hay muchos casos en que ni siquiera los mismos artistas alcanzan a sentir en toda su verdadera intensidad aquello que reproducen. De lo contrario no sería posible que produjesen tanto, porque la verdadera emoción ya se ha dicho que viene a ser algo así como la suspensión del tiempo, y cuando el tiempo se suspende demasiado la vida falta para aplicarla a muchas cosas diferentes. Yo, que ahora me siento artista, no puedo aplicar mi vida a más cosas diferentes

que a las diferentes cosas que hay en usted, que para mí constituye una belleza única. Quiere decir que usted me tiene absorbido, acaparado y monopolizado por la sola y suprema razón emocional de que mi espíritu ha sabido absorber, acaparar y monopolizar sensacionalmente todos los pormenores de su femenidad. Yo he pensado muchas veces, por ejemplo, que en la contemplación de aquel retrato en que por vez primera la vi a usted, ninguno de los concurrentes a la exposición reparó en el valor de los detalles y las actitudes como yo reparé. De otra manera, a estas horas habría recibido el homenaje de muchas atormentadas cartas que aún no se han escrito ni se escribirán. El que más de los concurrentes se limitaba a decir que usted era una mujer divina y el que menos se aproximaba al oído de un acompañante para recordarle que usted era aquella mujer de quien se contaban. . . ¡oh! ¡qué cosas se contaban de aquella mujer!

Y en efecto, no podían rendirle otro homenaje. Ello me ha parecido tan humano y definible como que a muchos turistas de los que van a ver el retrato que hizo Goya de la duquesa de Alba sólo se les ocurra ha-

blar de la leyenda de escándalo de la cortesana. Sin duda alguna, habrá otras cosas más interesante de qué hablar, o por qué callar.

Jorge.

IX

Noviembre 16.

ATOLONDRADO fantaseador: Recibo sus nuevas cartas y veo que es usted una especialidad en eso que vulgarmente se llama tomar el rábano por las hojas.

Le digo que se embarque cuanto antes, y usted deduce de ahí que tengo interés en que se quede. Le digo que anda haciendo cosas de atolondrado, y usted deduce de ahí que concluiremos poniéndonos de acuerdo.

No me parece fácil; porque si es verdad aquello que me decía de que yo tengo las propiedades afirmativas de la luz, "de la luz que determina el espacio, describe las distancias, da contorno a los objetos" y otras cosas muy científicas y muy galantes, usted, en cambio, tiene las propiedades negativas de la sombra, que borra el espacio, borra las distancias, borra los contornos, y todo lo confunde y lo deforma.

Es usted un interesante literato, pero dentro de un abogado de pleitos perdidos.

Su desobediencia no me preocuparía si no se equivocase usted al pensar que sus cartas no me comprometen. Todo el mundo me conoce demasiado para que a la larga y a pesar de todas las simulaciones, no pueda sorprendernos un disgusto cualquier día. Le pido que en adelante me las dirija a la calle del Parque número 47, y a nombre de Lydia Berta.

Aunque lo mejor sería que se concluyese esto.

Confórmese con haberme sugerido un deseo ardiente de saber quién es el extraño hombre que de este modo me acosa con sus platónicos galanteos y no quiera poner a prueba la constancia de mi curiosidad.

¡Esta podría agotarse y figúrese entonces qué decepción para usted!

Marú.

X

Noviembre 18.

ADORABLE Marú: Cada día me parece usted una mujer más interesante. Ahora ya pienso que si en la vida no la hubiese encontrado a usted habría pasado por el mundo sin hallarle sentido a ciertas facultades sensoriales que aquí en la arquitectura de mi ser habrían quedado como oquedades polvorientas de un templo sin imágenes. Por eso tiemblo al presumir que pudiera ser verdad eso que usted dice de que la curiosidad que he logrado suscitar en usted llegara un día a agotarse. Me ha hablado usted al decir esto de una posible amarga decepción que usted — estoy seguro de ello — no alcanzaría a comprender en toda su enormidad.

Bien. Contra toda eventualidad desagradable, quiero hacerle una confidencia que probablemente le interesará. Perdóneme si le confieso que la he engañado al decirle que

usted no me ha conocido nunca. Lo que ciertamente sucede es que desde aquel entonces hasta hoy las adversidades contra la suerte de mi pasión se han ido acumulando en tal manera que mi mentira de ahora no ha sido sino la vehemente manifestación de una verdad deseada.

Nos conocimos hace más de quince años, en una época en que usted todavía concurría como ex alumna al coro del colegio de la Adoración, donde usted y otras cuantas muchachas cantaban acompañadas por un Hermano harmonista que desde luego me apresuro a advertirle que no era yo. Aquel buen Hermano llegó a concluir la carrera eclesiástica y ahora podría decirle donde tiene una capellanía si no me interesase callar el dato. Era usted entonces casi tan delgada como en la actualidad y ya se acusaba en su esmblante ese desconcertante rictus que describe como un poema de perversidad amorosa entre la caída de sus párpados y el satánico repliegue de sus labios; manifestación estática de una psicología de fuego interior que igualmente predestinaba su existencia a las más suaves contemplaciones místicas que a la vida mundana más joyante atrevida. Por eso yo, que tenía algunos años más que usted, y que por aquel

tiempo ya era aficionado al estudio de ciertos caracteres, no experimenté la menor extrañeza cuando se dijo en cierta ocasión que usted se recluía en un convento. Tengo la persuasión de que hubiera usted sido una modelo de santidad, así como de que habría cambiado radicalmente el derrotero de mi vida, determinándome a seguir ciertas inclinaciones monásticas que llegué a poner a prueba. Más de una vez, en ratos de ejercicios espirituales, paseando bajo un bosque de naranjos con mi primera sotana y mi primer breviario, suspendí mis excursiones metafísicas para fijar el pensamiento en algún pormenor de Marú.

Las cosas siguieron luego diferente rumbo, y si no puedo decir ahora que aquellos mis presagios sobre los rasgos psicológicos de su fisonomía tuvieron plena confirmación en una vida turbulenta y disipada, en cambio puedo decir que la han tenido en esa vida un poco irónicamente bulliciosa que usted hace en medio de personas y de emociones que no acaban de satisfacer sus anhelos naturales.

Volviendo ahora al asunto, creo que usted no ha tenido motivos para acordarse nunca de mí. Hablamos algunas veces, pero incidentalmente; y si bien mis ojos se fijaron

en usted algo más que incidentalmente, acaso con vehemencia que para una muchacha de dieciséis años no podía pasar inadvertida, ello es que mis propósitos no salieron adelante porque siempre me miró usted con la más absoluta indiferencia. Por otra parte, yo no era del círculo de sus relaciones sociales, y hasta podría decir que jamás pertenecí a círculo social alguno. Me fuí. Anduve algunos años bastante lejos de esta ciudad y por ahí me enteré de que usted se había casado. Más tarde, cuando regresé, se hallaba usted en viaje de placer por Francia y por Italia. No podría decir que me interesara entonces. Había sentido en su presencia conatos de una emoción indefinible que no volví a experimentar jamás en presencia de ninguna otra mujer; pero lo atribuí a los años, a los nervios, a la ocasión, a las circunstancias... ¿Quién no atribuye a esas cosas vagas e imprecisas los hechos que nos parecen faltos de explicación? Hasta llegaba a pensar que si por casualidad algún día volviera a encontrarme con usted seguiría sin explicarme aquel fenómeno tan remoto y olvidado. Fué preciso, en efecto, lo que usted sabe: fué preciso que un día, repentinamente, me sorprendiese en una exposición de fotografías aquel retrato de usted

que ya le describí menudamente y que produjo en mi alma tan extraña reacción. Desde aquel día hasta hoy, ya sabe usted cuánto he luchado, cómo la he seguido y hasta qué punto he dejado de pertenecerme. Si ahora usted me asegura que no he podido dejar de pertenecerme para pertenecerle, me habrá dejado en el mundo sin ton ni son.

Pero tengo hoy un detalle que me alienta. En su carta de anteayer reproduce usted textualmente un párrafo de mi anterior, y esto me prueba una de dos cosas: o que usted guarda mis cartas, o que se las aprende de memoria. No sé cuál de esos dos procedimientos será más peligroso para usted. En cuanto a mí, sinceramente le digo que ambos me parecen excelentes para llevarme a la convicción de que eso que usted dice que siente hacia este atolondrado fantaseador es algo más que un poco de curiosidad a punto ya de agotarse.

Jorge.

XI

Noviembre 22.

ADORABLE Marú: No ha querido usted contestarme a mi última carta. O no ha podido. O no tenía la carta contestación. O la tenía demasiado larga. ¡Quién sabe! También puede suceder que se haya complicado esto último con las urgentes preocupaciones que ha debido exigir de usted el gran baile dado anoche en honor del nuevo Ministro de Francia. Si esto es así, la diplomacia francesa en pleno debería hacer algo por desagraviarme como corresponde. Hay razones para ello, porque además fué usted a la fiesta más elegante que nadie. Esta moda de ahora, que permite a las que tienen lindas piernas algunos atrevimientos, encuentra una propagandista de gran prestigio en una mujer que sabe comunicar tanto realce a los modelos que adopta, aún cuando los modelos le proporcionen tan escasa tela como el

que usted adoptó para la función de anoche.

Yo conseguí invitación y estuve con un amigo del cuerpo diplomático que inopinadamente se me brindó a presentarme en un grupito en que brillaba usted. Rehusé el ofrecimiento, naturalmente. Después de mi última carta, que acaso usted ya habría aprendido de memoria, temía que al oir pronunciar mi nombre éste se asociase de pronto en su pensamiento a alguno de los recuerdos que debe usted conservar de aquellos tiempos en que todavía cantaba en el coro de las Hermanas de la Adoración.

Además, me hubiera sido imposible ofrecerle a usted el brazo para bailar. ¡A usted, que tan admirablemente baila!

Jorge.

XII

Noviembre 24.

CUATRO palabras, mi galante amigo, para preguntarle de una vez y terminantemente si es posible que esta comedia tenga desenlace.

Es absurda, como usted comprenderá, esa pretensión suya de mantener conmigo una correspondencia de este género sin consentir que lo conozca a usted ni en una mala fotografía.

El carácter platónico que quiere darle a estas relaciones no es lo que me desagrada propiamente. Al contrario; desde que veo que usted, que es el atacante, se conforma con darle a estas relaciones un encanto tan singular y tan entretenido sin salir de este terreno, yo sólo puedo decirle que me distrae el sistema y que no tendría inconveniente en colaborar así a la formación de una novela. Soy un poco novelesca, me agrada cambiar impresiones con personas que me

entiendan, divagar un poco por la fantasía espiritualizando las cosas más usuales, y debo confesarle con toda sinceridad que nunca se me ha ofrecido para ello una ocasión semejante.

Pero sucede que las cosas más fantásticas es necesario que se basen en algún detalle real y yo le declaro que no puedo resignarme a ese misterio en que usted pretende mantener oculta su persona.

Al principio, este detalle no me preocupó. Su primera carta más bien la tomé como un motivo de diversión, y le confieso, aunque usted se indigne, que la comenté risueñamente con mi amiga Yolanda y hasta llegamos a escribirle entre las dos una contestación muy divertida que Yolanda cree que llegó a su poder, pero que yo desistí de mandársela porque vino su segunda carta y me acobardó un poquito. Dejó usted de parecerme un tipo divertido para parecerme un loco peligroso.

Sin embargo, y a pesar de las insinuaciones nada piadosas que contenían sus palabras para mi honorabilidad, ¿por qué voy a negarle que poco a poco fueron interesándome y conmoviéndome aquellas cosas que tanto halagaban mi vanidad de mujer?

Como siempre me he tenido por persona

un poco boba en cuestiones sentimentales, atribuí a debilidad de mi corazón aquella impresión de pena que me sugerían sus exaltaciones románticas y que, francamente, pudo más en mi espíritu que aquel otro sentimiento de indignación que al mismo tiempo me causaban sus atrevidas confidencias. El caso es que si empecé sintiendo la necesidad de creer que era verdad lo que usted me decía de mis encantos, concluí sintiendo la necesidad de que usted continuase detallándomelos. Hasta que comprendí que aquello era un disparate, porque sin yo advertirlo me iba enredando en una situación insostenible.

Entonces fué cuando hablé seriamente del asunto con Yolanda y aconsejada por ella resolví no volver a retirar sus cartas del Hotel.

Usted debió pasar muy malas horas, pero yo no vivía tan indiferente como usted se imaginaba. Cuando al cabo de los quince días decidí ponerle mis primeras cuatro letras, puede creer que más que el interés de aconsejarle a usted que se embarcase, me impulsó el deseo de expresarle en alguna forma que no debía de dejar de seguir escribiéndome. Usted tenía razón.

Y sin embargo, hasta entonces, mi interés hacia su persona había podido limitarse al

que otras veces tuve por esos héroes incorpóreos de que usted me hablaba y entre los cuales usted quería que le calificase. Lo califiqué, pues, entre mis bohemios prelilectos, y me resigné a creer con mucho gusto que su personalidad quedaría como esfumada entre las hojas de un libro que sólo me emocionaba más que otros porque el autor me había elegido para modelo de su protagonista.

Pero ahora, en su penúltima carta, usted me ha hecho una confidencia que ha suscitado una nueva curiosidad y que de repente ha cambiado el rumbo de mi interés. Usted me recuerda cosas de mi vida pasada que demuestran en efecto que usted no es para mí un hombre extraño, que nos hemos conocido personalmente alguna vez; más todavía, que de no haber mediado una circunstancia completamente ajena a mi voluntad, tal vez sería usted hoy el más íntimo de todos mis amigos, y después de saber esto ya me creo asistida de razón para decirle que no tiene usted derecho a pretender que nuestras relaciones epistolares continúen en una forma tan arbitraria como hasta aquí porque ya las cosas se han colocado en terreno bien diferente de aquel tan vago y tan pu-

ramente hipotético en que usted las colocó.

Si es usted la persona que sospecho y esa persona ha tenido la desgracia de enamorarse de mí, comprendo perfectamente que haya querido huir de todo acercamiento peligroso. El jefe de un hogar tan respetable como el suyo tiene sobrados motivos para sacrificarlo todo a su tranquilidad. Pero, ¿qué es lo que usted pretende con una ocultación tan absoluta? Puesto que usted se halla tan interesado como yo en que nuestras relaciones no trasciendan de la correspondencia epistolar, no veo inconveniente en que yo conozca de vista al hombre con que me escribo, ya que teniendo usted todo el carácter que se necesita para mantenerse en la incógnita tanto tiempo como se ha mantenido, seguramente no le faltará para lo demás.

Esto no puede seguir así. Si usted se obstina en esa actitud de personaje de novela policiaca, yo tendré que obstinarme, y entonces será de veras, en no volver a recibir sus cartas.

Marú

XIII

Noviembre 25

ADORABLE Marú: Hoy necesito decirla que el cajón de la mesa del escritorio donde voy conservando sus cartas ha llegado a ofrecerme una atracción que nunca encontré en ninguna de estas cosas familiares. A los treinta y tantos años he empezado a dejar de reirme de muchas tonterías que sólo nos paracen soportables cuando se las cultiva en ese período de la existencia en que la única tontería es pretender que las personas tengan sentido común. Yo, después de haberlo tenido durante tanto tiempo, quiero que usted me disculpe esta especie de inversión en el orden cronológico de la psicología vulgar. Probablemente he pasado sin vivir una larga serie de sensaciones que iban quedando arrumbadas en el fondo sin fondo de mi espíritu como objetos que no hubo ocasión de utilizar y que un día, de pronto, experi-

mentan una crisis de actualidad en las que los contemplamos con ese dejo de melancolía que suscitan las cosas que llegan a su punto ya algo pasadas de moda.

Sus cartas en mi cajón promueven todo eso. Han colocado aquí el prestigio de una fragancia nueva que trasmite el prestigio de su novedad a una gran emoción que estaba como adormecida, una gran emoción que nunca sugirió el concepto de lo perenne, propio de toda gran emoción. Entonces yo experimento una especie de alegría deseosa y tierna, esa extraña alegría que produce el vino nuevo, junto a la calculada inquietud de que un día se me ocurra preguntarme por el objeto real de estos anhelos. Pero de todos modos, yo sé una cosa cierta y positiva, y es que ya no será posible que la percepción de este perfume deje de verse asociada a la realidad de unas horas en que he vivido condensadamente lo que durante tantos años no pude vivir.

En conciencia, Marú: después de lo que acabo de decirle, ¿le seguirá pareciendo a usted absurda mi obstinación en ocultarme a sus miradas, si en seguida le agrego que tengo la profunda convicción de que el día en que usted me conociese concluiría todo esto?

Yo sé que de esta manera jamás podré ser dueño de lo que por otro modo bien pudo pertenecerme. Pero advierta usted, Marú, que ningún personaje de libro alguno poseyó jamás de sus lectoras algo más de lo que yo he poseído de usted. Esta tiene que ser mi actitud, que responde a una urgente necesidad de mi alma: la necesidad de comunicarme con usted, de entenderme con usted, de poseerla a usted en la única forma en que puedo poseerla, y que felizmente, por una misteriosa y suprema asociación de simpatías, ha suscitado en su alma la necesidad también urgente de comunicarse conmigo, de entenderse conmigo, de poseerme de la única manera que puede ser.

No se empeñe usted, por lo tanto, en destruir el encanto de esta bella ilusión, única de mi vida. Siga creyéndome individualmente desvanecido entre las páginas donde habitan sus bohemios predilectos, aunque por una brusca y bárbara exigencia de las circunstancias se vea usted obligada a degenerar el concepto de su tipo ideal confundiéndome en sus horas de diversión mundana con un prosaico detective follestinesco, en lugar de confundirme con un don Juan arrepentido de sus pecados o con un Werther

que se suicida por amor. En el fondo de todo, a usted le consta que esta desviación es un accidente de las circunstancias y que en mi persona hay mucho más de trágico que de polizonte. Por eso yo siempre tendré una hora de despilfarro espiritual para decirle a usted de sus encantos lo que yo sé que jamás le dijo nadie, no porque usted los haya ocultado a la contemplación del mundo, sino porque nadie en el mundo sufrió por ellos lo que he sufrido yo. Al ver la indiferencia o la tranquila actitud con que pasan tan cerca de usted muchas personas, algunas veces pienso que estoy enfermo y que usted, tal como yo la veo, deja de ser lo que acaso sea real y efectivamente para convertírseme en un producto de mi dolor, que sin duda es un disparatado forjador de visiones poemáticas. Entonces necesito despojarme de mis propios sentimientos y colocarme esforzadamente en el caso de cualesquiera de mis semejantes para convencerme de que son ellos los que están equivocados al no ver en su persona algo más de lo que ven. La llamarán a usted elegante de continuo, y realmente lo sentirán así, pero sin darse cuenta exacta del contenido de esa expresión cuando se le aplica a usted. Ni siquiera usted mis-

ma lo sabe cuando se ve pasar en un espejo. Porque la elegancia en usted no es la elegancia de la línea, sino la del movimiento de la línea; tal vez ni la del movimiento de la línea, sino la del temblor del movimiento. Como la de algunos paisajes que no acertamos a describir, sino a entregarles nuestra alma religiosamente; elegancia de luz y de color, que deja de ser sustancia porque es esencia, que deja de ser contorno porque es entraña, que deja de ser superficie porque es profundidad.

¿No se ha explicado usted esto algunas veces, cuando dejó el contacto de las cosas artificiales que la rodean y se sintió en contacto con el paisaje? ¿Y no ha advertido usted entonces cómo el contacto con aquellas cosas nos ha ido estropeando un poco las ideas, la aptitud de discernir, la cualidad de ver claro, y cómo las palabras nos resultan inexpresivas y deficientes?

Por eso no sigo hoy.

Jorge.

XIV

Noviembre 26.

ADORABLE Marú: Perdone usted. En mi carta de anoche me proponía contestar a la suya del 24 y después he caído en la cuenta de que perdí la cabeza como una criatura. Voy a ponerle ahora cuatro líneas complementarias porque tengo interés en sacarla a usted de un error desagradable. Está usted equivocada al sospechar que yo soy la persona que imagina. Ni soy jefe de hogar respetable, ni tengo prole a quien hacer desgraciada con mis desvaríos. Más todavía: sé quién es la persona de la que usted me ofrece algunos datos y sé que esa persona anduvo detrás de usted algún tiempo, quizá por aquella época en que usted me conoció. Pero devuélvale el prestigio de su buen concepto, porque creo que ese distinguido señor, honradamente entregado a su clínica de niños y a los niños de su casa, no se acuerda de usted para nada.

Conviene ponerlo en claro, no vaya a suceder que usted se empeñe demasiado en descubrir mi semblante en el semblante del médico y este señor empiece a perder el tino con deplorables consecuencias para la salud de sus inocentísimos clientes.

Jorge.

XV

Noviembre 27.

QUERIDA Yolanda: He podido persuadirme de que el médico no es. Pero además anoche estuve en casa de Julieta y también pude convencerme de que tampoco es aquella otra persona de quien sospechábamos. El hermano de María Teresa concluyó en Montevideo su carrera y luego anduvo en misiones por el Brasil, donde murió al poco tiempo. De manera que no le preguntes nada al viejo don José si vas hoy al Colegio de las Hermanas como me prometiste.

Eso no quiere decir que pierdas la oportunidad de averiguar algo por ese lado si la ocasión se te presenta. Ya sabes cuánto te lo agradezco, porque no vivo una sola hora tranquila por descubrir a ese bandido.

Cada día está más loco. Sus últimas car-

tas son de una exaltación que hace temblar. Figúrate que me dice...

Pero ya hablaremos de esto. Si vas al Colegio y averiguas algo, mándame decir a qué hora nos podemos ver mañana. Te besa,

Marú.

XVI

Noviembre 27.

QUERIDA Marú: Espérame mañana para almorzar juntas y no hagas programa callejero porque tengo que contarte muchas cosas interesantes. Estuve hoy en el Colegio, pero de allí no saqué nada. Ya sabes, querida, cómo son esas gentes para ciertas averiguaciones. ¡Un horror, hijita! Cuanto más se les pregunta, menos contestan.

Al contrario de lo que pasa con otras gentes con quienes hablé más tarde. Creo que hemos dado con la pista.

Te mando con el chauffeur la raqueta nueva que he comprado para que más tarde vayamos a probarla a la cancha de tennis del Pabellón.

Ya sabes que almorzaré contigo; de manera que no te olvides de mandarle hacer a tu cocinera ese arquitectónico budín que únicamente ella "edifica" a mi gusto. Te besa,

Yolanda.

XVII

Noviembre 28.

JORGE: Perdóneme que le diga que su contestación a mi carta del día 24 me ha parecido muy poco amable, por no decir muy poco hidalga. Nunca creí que un hombre de las condiciones de sociabilidad que parece poseer usted, tuviese para las debilidades femeninas una táctica tan sórdida y egoísta.

Pero es inútil que usted se esfuerce en decorar hipócritamente la aspereza de su negativa con esas lindas tiradas de frases lisonjeras que naturalmente halagan mi vanidad de mujer, pero que no consiguen hacerme olvidar del todo lo que ahora me interesa más que nada, sino que, muy al contrario, sólo contribuyen a aumentar día por día esta necesidad que siento de saber quién es usted.

Insisto en que si usted pudo tener derecho a adorarme como parece que me adora

sin decírmelo jamás, en cambio ya no lo tiene a seguir condenándome a esta desesperante ignorancia después de haber perturbado mi tranquilidad con las solicitaciones de esas cartas suyas, tanto más perniciosas cuanto más amables. Usted sólo tiene en cuenta lo que conviene a su situación personal, con un egoísmo que realmente se aviene muy mal con ese papel de héroe de leyenda que usted aspira a desempeñar en mi pensamiento. Así me habla y me habla de no sé qué misteriosas razones ocultas que eternamente han de privarme de conocerle a usted, sin pensar que yo puedo pensar que por muy respetables que deban serme aquellas razones, no menos respetables deben serles a usted las que yo tengo para resistirme a proseguir estas correspondencias en las injustas condiciones en que pretende mantenerlas.

Como no quiero creer que usted sea un hombre de alma atravesada, dispuesto a maltratarme porque sí, concluiré creyendo que su ocultación responde a un hecho realmente repulsivo, en cuyo caso el juicio que usted deba merecerme no ha de ser menos severo. Si su enamoramiento ha sido una desgracia, ¿por qué se obstina usted en ha-

cerme partícipe de ella? Usted no tendrá la culpa de haberse enamorado de mí; soy demasiado mujer y tengo demasiado aprecio por mis cualidades femeninas para mostrarme ingrata hasta el extremo de no compadecer a mis víctimas inopinadas. Pero si no tiene la culpa de eso, en cambio sí la tiene de haber despertado en mí el interés que ha despertado, y si esto era fatal, si esto era irremediable, por lo menos la tiene de no haberse marchado en seguida lejos de aquí, como yo le aconsejé cuando aún podía hablarle con cierta calma.

Pero usted me engañó entonces desconsideradamente, como me engañé yo misma al suponer que no cabían tales manifestaciones de egoísmo en un alma que se expresaba tan gentilísimamente como la suya. No quisiera tener que elogiar sus cualidades mentales al decirle que, en efecto, nunca llegaron a mi espíritu palabras tan penetrantes y seductoras como las que venían en sus cartas; pero por mucho que me moleste necesito decirlo así, porque ya que he disculpado la extravagancia de su enamoramiento, también quiero disculpar mi extravagancia al dejarme seducir por la curiosidad con que usted pretendía seducirme, en lugar de

haber roto su primera carta y haber dejado en la oficina las demás.

Esto tendré que hacer en adelante con las que vengan si usted no tiene la gentileza de colocar estas relaciones en términos más normales y equitativos.

Marú.

XVIII

Noviembre 30.

ADORABLE Marú: Quisiera que en estas líneas no se reflejase toda la consternación que ha producido en mi alma su carta de anteayer. Yo esperaba que usted no razonara, que usted no razonaría jamás, no porque la considerase sin condiciones para ello, sino porque siendo la razón todo lo contrario de lo anormal, y siendo lo anormal toda la razón de mi causa, el día en que usted se pusiera a razonar normalmente habría empezado el fracaso de mis propósitos.

Hoy ya me encuentro indefenso para contradecirla a usted. Me encontraba indefenso desde el primer día, pero con la esperanza de que su espíritu suave y asequible de mujer un poco extravagante, un poco bohemia, un poco enamorada de las sensaciones fuertes e imprevistas, ofreciese un refugio compasivo a mis desordenadas preten-

siones. Así creo que se lo dije a usted no recuerdo en cuál de mis primeras cartas, fiando a su inteligencia, a su instinto, a su natural sagacidad femenina, el tacto necesario para no llegar a exigir un desenlace razonable a este pobre drama mío que tan irracionalmente debía desarrollarse. Pero no ha podido ser. Usted insiste en su necesidad de conocerme personalmente pasando resueltamente por encima de toda consideración sobre si es posible que yo deje de insistir en la mía de no darme a conocer. Y lo peor no es eso; lo peor es que tengo que callarme, porque la razón se ha puesto toda de su parte desde que usted ha empezado a razonar. Decididamente, debo reconocer que me hallo en situación desprovista de todo derecho para exigir de usted lo que usted, por suerte suya, no ha tenido que exigir de mí. Y usted me plantea el problema en tales términos que yo no puedo ni decir siquiera que su actitud carece de liberalidad, puesto que para yo esperar que usted atendiese a las ansias de mi corazón desatendiendo a las del suyo, hubiera sido preciso que usted pudiese esperar otro tanto de mi parte.

Tal vez estudiándonos ahora un poco científicamente llegaríamos a la conclusión

de que los dos tenemos el corazón enfermo de igual dolencia. Yo pensé que el de usted no estaría así cuando forjé la ilusión de que tendría entereza suficiente para soportar la función que le correspondía. En resumidas cuentas, sólo se trataba de que a usted le urgía soñar un poco más que a mí. Su condición de mujer la hacía más apta para ello. Lo mismo la hacía más apta ese cansancio de sensualidad que naturalmente se deriva de la vida que usted ha venido haciendo y que la predisponía a infundir a sus generosas aptitudes espirituales una nueva corriente de emociones místicas, etéreas, evocativas. En el cristal de sus pupilas verdes había como un vago y suave matiz de hastío, de ahogo, de sopor, de negligencia hacia las cosas que la rodeaban, y que más bien que una sensación de plenitud de placeres sugería una sensación de desgano ante lo pasado y de anhelos de otras cosas que usted no había podido sino adivinar y que esperaba sentir todavía. Yo me sublevaba entonces cuando veía que para aquellas vocaciones irredentas no había redención posible entre los homenajes harto precarios y deficientes que le ofrecía el bullicio de su realidad social. Esa elegancia suya semidivina

de que le hablaba hace pocos días, provocaba cuando mucho un revuelo de miradas ansiosas y una serie de frases comunes que acusaban en los cultores del deseo una lastimosa incomprensión de su soberanía lujuriante. Un día comprendí que aquello era un absurdo, y entonces me aventuré a brindarle a usted para sus horas íntimas un confidente que fuera un héroe de novela, bizarro y armonioso, pero exento de tangibilidad, acaso acobardado ante la idea de que individualmente se viese vencido por la más dolorosa de las decepciones. Y le escribí sin norma ni medida.

Lo que ha pasado después es esto que estamos viendo. Usted me ha dado a entender que los héroes de los libros están bien en los libros y que en el lugar que ocupan en un corazón no son sustituíbles cuando el pretendiente tiene rostro humano que en cualquier parte se puede ver. No. No insisto. Sin restarle en mi interior un solo grado de la idealidad que le atribuí, le doy a usted la razón y renuncio a mis propósitos. Usted vive intranquila y en perpetuo sobresalto ante la fastidiosa idea de que su adorador la acosa con la mirada y la mira sin ser visto, y esto

no puede continuar así. Pero tampoco es posible que esto concluya de una manera brutal. En la carta de anteayer en que usted me plantea el dilema, he querido encontrar unas palabras nobles y compasivas que me ofrecen un escape y me mueven a proponerle una solución.

Puesto que lo que a usted la impulsa a plantearse radicalmente la diyuntiva no es el deseo de apoderarse de mi persona, sino la recuperación de esa tranquilidad perdida a causa de mis insistentes persecusiones, resuelvo eliminar el obstáculo marchándome en seguida lejos de aquí. Dentro de cuatro días saldré en el "América" para Río de Janeiro, donde precisamente tengo asuntos particulares que pueden entretenerme por tiempo indeterminado. Cuando concluya con ellos, seguiré viaje con rumbo a Norte América, y sólo regresaré cuando usted me dé permiso. Nada se opondrá, entre tanto, a que prosigan estas correspondencias. Ya le he explicado a usted copiosamente cuál es el propósito que me guía, el único propósito que desgraciadamente puede guiarme, al cambiar de vez en cuando una carta con usted. Si a usted, como creo haber adivinado,

le interesa esta amable variedad dentro de sus aficiones de mujer amorosa y deseada, me lo dirá con tiempo suficiente para obtener mi pasaporte y mi pasaje.

Jorge.

XIX

Diciembre 1.o

CONDESCENDIENTE amigo: Creo que basta con una tarjeta para decirle que me parece acertadísima su última resolución. Mi gratitud, ya que no puede ser otra cosa, le acompañará en el camino por donde quiera que vaya.

Marú.

XX

Diciembre 6, a bordo del "América".

QUERIDA Yolanda: Imagino tu asombro y también tus aspavientos cuando te enteres de que te escribo esta carta a bordo de un transatlántico, en viaje de aventura con rumbo a Río de Janeiro. ¡Las cosas mías son así! Como te fuiste a las playas del Este el mismo día en que dimos por absolutamente fracasadas nuestras pesquisas para descubrir a ese bandido, no te enteraste de que al fin le dirigí una carta decisiva a la que me contestó diciéndome que dentro de cuatro días se embarcaba para el Brasil. Y ya tienes explicada la razón de mi viaje. La razón circunstancial, como si dijésemos. Porque luego hay otra razón, ¡la providencial!, y es que ya tú sabes que Mauricio, en prueba de gratitud por haberle conseguido aquel lindo negocito, me prometió llevarme a Río de Janeiro cuando a mí se me antojase.

El antojo resultaba un poco extravagante, porque la época esta no es la más aparente para ir a aquel país; pero todo tiene su explicación en este mundo, y nada hay tan explicable como lo extravagante de nuestros antojos si los sabemos presentar decorados de ciertas dolencias íntimas cuyas solicitaciones no admiten excusas, aunque después todo se resuelva en alarmas infundadas.

Siempre no hemos de llevar las mujeres la peor parte en la distribución de las vicisitudes matrimoniales.

Enterada, como te decía, de que ese misterioso sujeto se embarcaba a los pocos días en este buque, tuve esta idea que me pareció sencillamente genial. Mi marido, el pobre, protestó un poco, porque desde que empezó a engordar dice que sufre enormemente con el calor; pero ya sabes cómo le domino, y aquí me tienes a bordo, completamente cierta de que el bandido está aquí y de que antes de llegar a Río de Janeiro habré logrado desenmarcararle.

Comprendo que esta aventura de pesquisante ofrece sus peligros, pero más que el temor a ellos puede hoy en mí la atracción de sus encantos. No hay nada más valiente que una mujer desde el momento en que su

cobardía natural e instintiva deja de constituir su arma más eficaz para conspirar contra sus deseos más vehementes. Además, ya tienes pruebas legendarias de mis decididas aficiones a estas aventuras oceánicas. El mar es una fuente de tentaciones encantadoras. Acuérdate del graciosísimo sobresalto que proporcionamos a nuestros respectivos esposos aquella noche que nos perdimos mientras ellos jugaban a la ruleta cuando llegamos a Barcelona la primera vez.

Esto de ahora es un poco más serio, porque en el fondo de todo experimento un invencible miedo ante la incógnita del fugitivo. Sospecho que con sus cartas y su misterio ha logrado forjar en mi fantasía una idealidad demasiado grande, un tipo de tenorio demasiado bello para que la realidad no provoque luego un contraste demasiado fuerte. Pero como yo creo en concreto que no estoy enamorada de él y como además comprendo que esta comedia ya está exigiendo un rápido desenlace, he resuelto aprovechar estas circunstancias tan propicias a que los acontecimientos se precipiten de una vez.

Me embarco así dispuesta a poner en práctica todos mis recursos, todas mis argucias, todos mis atrevimientos de diplomática tra-

dicional, sagaz y experta, para que la pesquisa no fracase. Y como sé que este asunto te interesa casi tanto como a mí, quizá porque desde el principio has sido la única copartícipe confidente en mi extraña aventura, de todo te daré minuciosa cuenta en cartas sucesivas. Tendrás así noticias de cuanto pueda ocurrime en este viaje de placer que bien pudiera ser que no resultase de placer, pero que yo de todos modos lo llamo así, porque siempre he pensado que no hay mayor placer que el de ver cumplidos nuestros deseos.

La única cosa que podía preocuparme al emprenderlo sería el cuidado de mis nenes, y esto no me preocupa desde que los dejo en casa de Armanda y sé que allí están mejor que en la mía.

Y no te escribo más porque los camareros de a bordo empiezan a dar palmadas y quiero dejar en camino esta carta antes de que el buque salga de Montevideo. Cuando regreses del balneario, entiéndete con nuestra vieja Celestina para que te entreguen una carta de Jorge que debe haber a estas horas donde ya sabes. Tengo la intuición de que mi atormentado perseguidor no se va de esta ciudad sin dejarme un documento testamentario. Adiós. Nada puedo decirte de

cuando volveremos a vernos. Mauricio quiso tomar pasaje de ida y vuelta, pero yo me opuse diciéndole que me parecía una temeridad. El no se lo explicaba, naturalmente, pero me lo explicaba yo, y basta. Tú también te lo explicas, ¿verdad?

Un millón de besos de tu amiga,

Marú.

XXI

Diciembre 7, a bordo del "América".

QUERIDA Yolanda: Pensé esperar hasta el último día de mi viaje para entonces referirte en una larga carta todos los pormenores de mi aventura. Pero como veo que a bordo de este vapor se dispone de menos libertad de la requerida, porque nunca la dejan a una sola, lo mejor será que vaya aprovechando los pocos ratos que puedo encerrarme en el camarote para ir construyendo este memorial.

Debo empezar por comunicarte que el ambiente social se me presenta propicio a poner en circulación buenos recursos y realizar una pesquisa en grande escala. Los pasajeros, que en total no suman mucho, son casi todos de cámara, de manera que fácilmente he de entablar relaciones con la mayoría y me parece difícil que por uno o por otro conducto no descubra al misterioso personaje, que sin

duda debe ser persona más conocida y mejor relacionada de lo que él se ha manifestado.

Anoche, después de la comida, y durante un rato de música que se hizo en el hall que hay contiguo al comedor, ya di elegante principio a mi programa de hacerme presentar el mayor número posible de pasajeros, para lo cual he encontrado un excelente introductor en un joven attaché de la legación de Italia en Chile, a quien yo conocí en mi primer viaje a Francia y que, según he visto, conoce a casi todos los que viajan en este buque. Al principio pensé que tal vez lo más práctico sería adoptar una actitud de severa reserva, dedicándome a la observación fría, callada y persimoniosa de esta colección de personajes que sin saberlo figuran en mi comedia. Pero aparte de que esa táctica se aviene muy mal con mi temperamento nervioso y mi condición naturalmente comunicativa, creo que sería más a propósito para un viaje largo, en el que hubiera tiempo de desarrollar un plan pasivo, que para un viaje sólo de tres días, en el que no hay tiempo que perder y conviene desde luego atacar activamente.

Claro que esto tiene sus contrariedades,

porque a estas horas mi perseguidor ya me habrá visto y tratará de defenderse como pueda. Además, me creerá desesperadamente enamorada de él, y esta idea me molesta bastante; tanto, que mi primer deseo al saber quien es sería el de expresarle la más fría y desesperante indiferencia. Pero no es para esto para lo que me he embarcado. Bien o mal, vencedora o vencida, yo necesito conocer a ese hombre y eso es lo que primeramente me interesa.

De mis investigaciones de anoche saqué muy poco en claro, por no decirte que saqué demasiado. Es natural y lógico que el deseo me engañe y que la falta de indicios exactos me induzca a descubrir la mirada del delincuente en la de los más inocentes pasajeros. Sin embargo, comprendo que no me conviene perder la línea y esto me librará de incurrir en alguna ligereza que determine el fracaso de mi plan.

Marú.

XXII

Diciembre 8, a bordo del "América".

QUERIDA Yolanda: Si yo fuese mujer un poco aficionada a producir literatura y tuviese la pretensión de que estas cosas que te escribo llegasen algún día a llevar en libros inyecciones de disipación a soñadoras muchachas de hogares aburridos, empezaría la presente carta con un lindo preludio melancólico en el que hablaría de la inmensa desesperanza con que se ven pasar las olas en estas lentas tardes de alta mar después de veinticuatro horas de luchas infructuosas tras una idea fija que llena toda la vida.

Pero como te escribo a tí solamente, y no para despojarte de tu bien conquistada indiferencia hacia todas estas cosas de la sensibilidad barata, te diré simplemente que estoy rabiosa conmigo misma al pensar en lo impotente que me veo para dar con la pista del bandido. Estoy rabiosa porque yo espe-

raba que hoy podría decirte algo con fundamento, y esperaba eso porque anoche se nos dió una fiesta a bordo que duró hasta las cuatro de la mañana y a la que me consta que asistió todo el pasaje de las dos categorías de primera clase, viéndome al final completamente burlada por las muchas sospechas y apariencias que a cada instante me hacían creer en posesión del secreto perseguido.

Ya a la hora de almorzar entablé una interesante conversación con tres curitas argentinos que se dirigen a Barcelona y que me hablaron de un hombre un poco apático, tristón y retraído que se había embarcado en Buenos Aires y a quien habían conocido hacía tiempo en sus primeros años de Seminario. Me dijeron que se llamaba Jaime Solís y me dieron algunos otros pormenores un poco vagos, pero que me sugirieron la sospecha de que era el de las cartas, porque además este sujeto debe tener marcadas relaciones con personas del clero. Sin embargo, poco más tarde, mi amigo el diplomático borró esta pista. Me dijo que aquel hombre era un comerciante de Chile, amigo suyo, que venía de Valparaíso y se dirigía a Génova. Yo me alegré profundamente de este fracaso parcial, porque después tuve

ocasión de fijarme detenidamente en el amigo de los curitas y me pareció un pobre hombre en toda la extensión de la palabra.

La velada solemne la pasé en medio de incesantes confusiones. Durante más de una hora me tuvo alarmadísima un caballero grueso y con barba, como de cuarente años, muy festivo y verboso, que bebía y comía sin parar y se ofreció varias veces a tocar el violín.

Aquel señor me miraba con insistencia desconcertante, con insistencia provocativa, y hasta me parecía que al hacerlo se quedaba de repente triste y pensativo y volvía después a las copas y a los pasteles como queriendo olvidar penas profundas. Yo relacionaba en mi mente las cartas de mi desconocido adorador con las expresiones de aquel señor tan robusto, y no encontraba afinidad alguna. ¡Pero se ven cosas tan raras en el mundo! Empecé a tranquilizarme cuando advertí que repentinamente penetraron en el salón dos muchachas grandotas y coloradas como de quince años, que se abalanzaron a las solapas del buen señor exclamando:

—¡Papá! ¡Papá! Dice mamá que te espera.

No fué más satisfactorio el resultado de las demás pesquisas que se me ofrecieron durante la fiesta. Y no es esto lo peor, sino que al final de cada una tenía que concluir alegrándome de mi fracaso, porque me hubiera sido imposible creer que dentro de alguno de aquellos sospechosos estuviera metido realmente un hombre tal como yo imagino a mi tenorio. Así te explicarás mejor la enojosa situación de ánimo en que me encuentro, cuando ves que mi ardiente deseo de descubrir al prófugo coincide luego en la realidad con el deseo no menos ardiente de no haberlo descubierto.

¿Qué será lo que me ocurre? ¿Estaré realmente enamorada de un imposible?

Sin embargo, no es averiguar esto lo que ahora me interesa. Lo que me interesa averiguar es si ese hombre viene conmigo a bordo. Aún me quedan algunas horas para dar con él.

Marú

XXIII

Diciembre 9, a bordo del "América".

QUERIDA Yolanda: Esta carta de hoy es un horror! Anoche se ha producido a bordo un incidente ingratísimo y de resultas del cual mi marido se encuentra a estas horas detenido en la comisaría, junto con un pasajero de quien ya no me cabe la menor duda de que es Jorge.

No te fijes en la letra ni en la coordinación de lo que te escriba porque ya comprenderás el estado de mis nervios. Los tengo desatados. Como pueda relataré lo sucedido. Y comenzaré diciéndote que si ya no estoy completamente arrepentida de haberme embarcado, no es porque me falten razones para estarlo, sino porque, al revés de lo que a cualquiera se le ocurre pensar, cuantos más obstáculos se me presentan, más valiente me siento, y cuantas más horas pasan, mayor va siendo en mí la necesidad de desenmascarar a ese hombre.

Sucede que desde poco después de nuestra salida de Montevideo este pasajero de quien te hablo entabló cordialísimas relaciones con Mauricio, que al día siguiente me lo presentó bajo el nombre de Guillerno Barnes. Es un hombre de aspecto interesante, así como de treinta y cinco años más o menos, irreprochablemente vestido, con algunas canas, de modales y acento un poco extranjerizos, muy amigo de hablar de cosas de mecánica y en general tipo simpático, aunque de esos que nos desconciertan profundamente cuando por casualidad nos encontramos frente a frente con su mirada. Yo no puedo decir que en realidad me haya encontrado con la suya más de tres veces, pues el hombre la esquiva de una manera casi sistemática. Pero en cambio hablé con él o asistí a sus conversaciones con Mauricio frecuentemente, y desde luego puedo asegurarte (¡lo que son las cosas!) que nada me hizo sospechar que nuestro asiduo compañero de viaje fuera Jorge. Lo pensé, naturalmente, porque ya subí al vapor con aquella idea fija; pero me costaba creer que un hombre que se había estado ocultando a mis ojos de la manera que tú sabes, empezara intimando de aquel modo con mi marido, ¡precisamen-

te con mi marido!, y sentándose a nuestro lado a la hora de las comidas, sin parar su atención en mi persona sino para tener algún cumplimiento frío y ceremonioso. Además había dicho que era extranjero, había dado pruebas de una ignorancia casi absoluta respeto de nuestras costumbres, y si todo aquello no era cierto, como ahora creo, aparentaba serlo admirablemente.

Nos habló de una hermana que tenía en Francia, de un pastor protestante que era tío suyo, y nos dijo que él había nacido en Noruega, descendiente de ingleses, que había sido marino algunos años en la armada norteamericana y por último le oí decir que ahora iba a un punto del Brasil en busca de su mujer. Total, que el hombre me despitó por completo y de tal manera que hasta en un momento en que nos hallamos solos me atreví a dirigirle alguna pregunta sobre si conocía al sujeto a quien yo buscaba. Me respondió que no con la mayor indiferencia.

Esto fué al segundo día de encontrarme a bordo. Aquella noche se realizó la fiesta de que te hablé, y durante casi toda ella este señor Barnes permaneció con Mauricio y tres o cuatro pasajeros más jugando al pocker en un rincón del Fumoir donde solemos

pasar hasta altas horas de la madrugada. Nos retiramos a descansar ya cerca de las cinco. Al entrar en nuestro camarote le oí decir a Mauricio, como hablando solo y con visibles muestras de mal humor:

—Este Barnes no tiene carácter de jugador. Es demasiado violento.

—¿Qué te ha pasado? — le pregunté, Pero él me contestó:

—Nada.

Nos separamos hasta el día siguiente, porque estos camarotes son muy chicos y hacía mucho calor. Cuando yo me levanté para escribirte, ya después de medio día, el primer saludo que recibí fué el de aquel hombre, que tomaba café en un rincón del comedor. Un par de horas más tarde salió Mauricio, y después de cambiarse algunas bromas cordiales, anduvieron paseándose juntos por la cubierta del buque. Me invitaron a visitar el puente de máquinas, donde Guillermo Barnes estuvo haciendo gala de sus conocimientos técnicos y su dominio de la náutica. Hablaba, sin embargo, con simpática modestia de hombre mundano, como cuidando mucho que Mauricio no apareciese rebajado antes mis ojos de mujer curiosa. Co-

mimos luego juntos, como siempre, y se habló de las cosas más diversas. Pero nada de juego. Sólo ya de sobremesa, mientras tomábamos el champagne, mi marido le dijo a su amigo:

—Si quiere usted, le ofrezco la revancha.

El amigo le respondió dando un golpecito sobre el mantel:

—¡Aceptado!

Y si pusieron de pie. Yo los seguí hasta el fumoir, donde ya se hallaban los madrugadores. Pero luego los dejé y volví al hall, porque si bien me interesaba un poco el juego, creo que me interesaba más permanecer un rato entregada a mis funciones policiacas. No me arrepentí por entonces, porque hallándome de gran conversación con unas muchachas porteñas de la familia de Gómez Escrich que van a Europa y que habían invitado a la tonadillera "Susanita" para que cantase al piano, de pronto apareció fugitivamente en la puerta uno de los curitas de que te he hablado y me dirigió un misterioso ademán llamándome aparte para decirme algo:

—Tengo que decirle, señora, — fueron sus palabras, — que ayer incurrimos en error al asegurarle a usted que aquel hom-

bre de quien le hablamos era el señor Solís que nosotros creíamos. Hemos hablado con él y nos ha sacado de aquella equivocación. Tenemos interés en ponerlo en claro, porque parece que el hombre se ha sentido bastante molesto al enterarse de que habíamos hablado de él confundiéndole con el otro.

Yo le contesté riendo:

—Vaya una bobada, ¿verdad?

Pero cuando se fué el curita quedé pensando que aquello tenía importancia extraordinaria para mi pesquisa. En efecto, aquel hombre debía ser precisamente Jaime Solís y este no debía ser otro que el disfrazado autor de las famosas cartas, empeñado en borrar todo indicio que lo hiciese caer en el lazo de mi persecusión. La misma versión que me había suministrado mi amigo el diplomático, ¿no podía envolver otro ardid del bandido en fuga? Yo lo sentía de veras, porque ya te dije que le había visto y que me había parecido un pobre diablo en toda la extensión de la palabra.

Y en estas suspicacias me entretenía mientras cantaba la tonadillera, cuando dos o tres horas más tarde, cerca ya de la una de la madrugada, sobrevino el incidente que me tiene tan fuertemente impresionada y que

ha cambiado radicalmente mi ruta de pesquisante. Sucedió que a esa hora empezamos a oir ruido como de voces altas y confusas que procedían del saloncito de juego. Las pocas personas que estábamos en el hall nos quedamos mirándonos unas a otras sin atrevernos a dar un paso. De pronto se acalló el alboroto de palabras, pero después de breve silencio sonó una detonación. Salieron en la tertulia los gritos del caso, y yo, que repentinamente me acordé de lo que le había oído a Mauricio la noche antes respecto del mal genio de Barnes, corrí en dirección a una escalinata por donde se baja al piso más próximo, que es donde se encuentra el saloncito reservado. Pero no llegué a bajar. Yendo por la mitad de la escalera, me detuve sin fuerzas para seguir, dominada por la impresión que, como supondrás, me produjo el ver pasar en aquel momento a mi marido y a Barnes conducidos por un oficial a presencia del comandante del buque, entre las exclamaciones de unos cuantos pasajeros que se mostraban escandalizados.

Mi marido iba con el cuello saltado, los lentes rotos y la ropa en desorden; Barnes

sin perder por completo su irreprochable línea británica, se arreglaba un puño de la camisa que parecía habérsele dislocado y con la otra mano se sacudía de la frente un mechón de cabellos que traía caído y que por cierto daba a su fisonomía un aire interesante y varonil, según las reflexiones que luego hice reconstruyendo en mi imaginación aquella escena de cinematógrafo.

El oficial iba detrás de los dos, indicándeles el camino que debían seguir y llevaba un revólver en una mano. Mauricio iba delante y no me vió, pero Guillermo sí; y lo hizo mirándome de un modo tan extraño, que repentinamente pensé, como sorprendida por un rayo de clarividencia: "Ese hombre es Jorge, es Jorge". Y no podría decirte qué fué lo que hice entonces, porque en mi corazón se atropellaron un sin fin de impulsos contradictorios que me emborronaron la noción de la realidad. Lo que sé es que mi sospecha de aquel momento se convirtió en profunda convicción poco más tarde, cuando los amigos oficiosos me rodearon solícitos para referirme lo ocurrido y oí decir que algunos habían venido advirtiendo desde la primera noche que jugaron juntos una espe-

cie de sistemático propósito de parte de Barnes en molestar a Mauricio.

—¿De manera que fué Barnes quien provocó? — pregunté yo.

—Señora, le diré a usted — me contestó colocándoseme delante un caballero andaluz de estos que todo lo saben y que para todo tienen un criterio de circunstancias. — Estas cosas siempre son muy delicadas. Yo debo decir aquí que me extraña lo ocurrido, porque conozco desde hace tiempo a Guillerno Barnes, he viajado mucho con él, nos hemos encontrado frecuentemente en una misma mesa de juego, le he visto en trances realmente difícil, y siempre me pareció la personificación del más perfecto caballero. Pero esta vez declaro, señora, que cuando su señor esposo arrojó las cartas y le llamó "impertinente", su señor esposo no hizo más que lo que habría hecho yo si el señor Barnes hubiera concluído con mi paciencia. Esta es la verdad. Dicen que si el hombre se había quedado sin un peso y que si ello era o no era motivo para que el otro se risistiese a darle otra vez la revancha. De todos modos, cuando el señor Barnes se indignó, carecía de motivos para indignarse.

—Y además, señor — interrumpió otro

del grupo — ¿Qué clase de bravatas son esas de sacar el revólver y ponerlo sobre la mesa para mandarle al adversario que recogiese las cartas? ¡Eso son desplantes de bajos fondos! ¡Eso no se hace entre personas cultas! El otro hizo perfectamente en llamarle lo que le llamó y en tratar de apoderarse del revólver, como se apoderó.

—¿De manera que el disparo lo hizo mi esposo? — pregunté cada vez más alarmada. Y entonces me contestaron:

—No, señora. El disparo, en realidad, no se sabe quien lo hizo, o mejor dicho, no lo hizo ninguno de los dos. El señor Barnes, cuando se vió sin el arma se abalanzó a su esposo, estuvieron forcejeando unos segundos y en el momento en que acudíamos a separarlos, salió el tiro. Afortunadamente, la bala fué a incrustarse en la cola de uno de los pavos reales del tapi, sin encontrar a nadie en el trayecto.

Te he relatado, querida Yolanda, todo este diálogo lo mejor que lo recuerdo, porque así quedarás enterada de lo ocurrido y además verás que por la forma en que dicen que el incidente se desarrolló y los sugestivos pormenores que le dan antecedentes, tengo razones para confirmarme en la sos-

pecha de que Jorge no es otro que ese hombre. ¿Cómo ha podido escapárseme hasta ahora? ¿Cómo se las ha arreglado para despistarme hasta el extremo de que siendo la persona con quien más hemos tratado en los tres días que llevamos de viaje no se me hubiese ocurrido que ese pudiera ser Jorge? ¿Y cómo él, después de haberme despistado tan hábilmente, ha venido a incurrir en la torpeza de provocar un suceso que necesariamente lo tenía que descubrir a mis ojos? ¿Le habrían hecho perder el equilibrio de su táctica las copas de campagne que tomó de sobremesa, antes de que Mauricio le ofreciese la revancha? No sé, no sé, no sé.

Tampoco podría decirte si, en realidad, después de todo lo pasado, mi corazón desea que Jorge esté en ese hombre que acaba de pegarse con mi marido, y que con mi marido se encuentra preso. Se trata ya de un tipo de comedia verdaderamente desconcertante, un cínico capaz de todas las trapisondas. Y sin embargo, no me repugna. A cada infamia que le vea cometer, fatalmente tendré que oponer dentro de mi corazón el recuerdo de una de aquellas cartas que me lo restituye a la conciencia tan bellamente noble como siempre lo soñé; y a cada cruel-

dad que premedite, tendré que oponer la idea perenne y decisiva de que ese hombre obra bajo la sugestión de mis encantos. ¿Cómo me va a repugnar? ¿Cómo voy a despojarme de los impulsos más hondos e instintivos de mi sexo? Pero por otra parte y obedeciendo a impulsos también instintivos, necesito comprender que ese hombre tiene que ser un espíritu terriblemente extraño, doble, tortuoso, indescifrable, tal vez un pobre morfinómano, un loco, un neurasténico, un enfermo nocivo y peligroso que requiere una víctima propiciatoria, una mujer que se le inmole servilmente, y entonces viene dentro de mí la reacción y pienso que necesito colocarme alerta para que mi curiosidad no me arrastre a un desenlace de gran guignol.

Figúrate ahora cuál es el estado de mis nervios y de mi alma. En otros tiempos en que mi conciencia me parecía una cosa relativamente clara, yo sólo habría pensado que esto era un castigo de Dios. Hoy lo veo todo tan turbio y tan subordinado a mis deseos personales que ni siquiera pienso en que hay sanciones sociales que conviene tener presente aunque sólo sea por nuestra propia tranquilidad y en que soy una mala mujer

y una esposa despreciable cuando aprovecho el encierro de Mauricio para desahogarme en esta carta, en lugar de pasarme el día llorando porque por culpa mía lo tienen preso. Claro que tú que le conoces casi tan bien como yo, me contestarás ahora: ¿Es que merece tu marido otra cosa sino que lo metan preso por culpa tuya?

Pero esto no lo discuto porque ya sabes que no me interesa. Hablo de lo que me interesa, que desgraciadamente no me tiene menos preocupada de lo que me preocuparía la situación de mi marido si mi suerte fuera otra.

Marú

XXIV

Diciembre 9, a bordo del vapor "América".

MARU: Luchando fieramente conmigo mismo, porque usted me ha revelado algo que jamás hubiera querido saber, hice formal propósito de llegar a Río de Janeiro sin proporcionarle a usted una prueba como esta de que efectivamente viajamos en el mismo buque. Pero ese desgraciado incidente entre su marido y un señor llamado Guillermo Barnes me obliga involuntariamente a romper el silencio que me impuse, porque quiero desalojar de su espíritu una sospecha que pudiera dar lugar a que el suceso de anoche tuviese una segunda parte aún más ingrata para todos que la primera. Es muy probable, en efecto, que por algunos pormenores sugestivos que han rodeado este incidente, usted se haya visto inducida a descubrirme en ese señor Barnes con quien no tengo más afinidad que la de encontrarme

casualmente en el mismo vapor, aunque yo libre y él preso. No sé si él se cambiaría por mí; pero en cambio puedo asegurarle que yo no me cambiaría por él.

Otra cosa que puedo asegurarle es que perderá usted el tiempo si se propone descubrirme a bordo. En Río de Janeiro le escribiré.

Jorge.

XXV

Diciembre 10, a bordo del "América".

QUERIDA Yolanda: Amanecemos hoy a la vista de Río de Janeiro, y la espontánea sensación de alegría que produce en nuestra alma la aparición de la tierra que se nos va aproximando después de tantas horas de aislamiento en el mar, parece como asociarse en mi espíritu a la inmensa satisfacción de ver cumplido mi deseo más vehemente.

Sí, querida Yolanda; es él, es él, es él... Ya no me queda la menor duda. Aquella multitud de hechos, de datos, de pormenores contradictorios que lo inhibieron a mi perspicacia durante casi todo el viaje y que indudablemente desorientarían a cualquiera, se van desvaneciendo y borrando unos tras otros ante la seguridad absoluta que me da la evidente palmaria. Repeto que ya no es una sospecha la que tengo; tengo la convicción

plena de que Guillermo Barnes es el bandido a quien yo venía persiguiendo y cuyas portentosas cualidades de simulador no volverán a engañarme fácilmente, por mucho interés que él ponga en seguir dispitándome todavía.

Y te digo esto último porque anoche, al penetrar en mi derpatamento poco después de escribirte, encontré sobre mi cama una carta del bandido en la que me decía, ¿adivinas qué?, pues me decía que contra toda su voluntad se veía obligado a romper el premeditado silencio que se impuso durante el viaje para pedirme por Dios que no fuera a confundirle con aquel pasajero que había tenido el incidente con mi marido.

Claramente se ve el juego. Se ve que el hombre, en inminente peligro de caer en descubierto a consecuencia de aquella pelea ocasionada por uno de esos arrebatos de sinceridad que suele tener la gente cuando bebe una copa de más, ha pretendido ahora enmendar el yerro y seguir desviando mi atención reintegrándose a su estado de incógnita por medio de esa carta que traspasa los límites de la oficiosidad. Pero no hay hombre tan hábil como se requiere cuando se trata de engañar a una mujer en una comedia

que se desarrolla fuera del teatro. Este último ardid de mi pobre amigo ha convertido en víctima al victimario, puesto que sólo ha servido para confirmarme en la idea de que Guillermo y Jorge no son más que un mismo hombre.

Lo que me ha sido imposible comprender es cómo se las ha arreglado para hacer llegar la carta a mi camarote, puesto que a la hora en que allí la encontré él continuaba detenido y los camareros de nuestro servicio no han sabido darme noticia de que la enviase con nadie. Naturalmente, no he querido entrar en más averiguaciones por no dar tema a cavilocidades inoportunas.

Pero dejo ahora esto, porque ya debes estar impaciente por saber en qué ha quedado lo del suceso de anteanoche. Te diré que contra todo lo que se esperaba (pues dicen que el comandante de este buque es un energúmeno de la justicia cuando se altera el orden a bordo) el asunto ha tenido una fácil solución, sin otras consecuencias desagradables que las molestias derivadas de un incidente cuyos pormenores siempre corregidos, aumentados y adulterados, como las enciclopedias económicas, se convierten en tema único de todas las murmuraciones.

Además, los amigos y protectores más o menos oficiosos y desinteresados que la rodean a una en circunstancias semejantes, forman otro capítulo bien fastidioso; especialmente para mí, que no tenía empeño alguno en hacerme la interesante y que me hallaba en un estado de ánimo que nadie se hubiera podido imaginar.

Pero esto ha sido todo. Lo demás se arregló al fin, después de varias peticiones de los amigos, con una ceremoniosa visita que le hice al comandante para suplicarle que depusiese los rigores de su código. El comandante, que como todo hombre terrible debe pagarse mucho de que una dama elegante, finamente vestida y perfumada, derrame una lagrimita en su presencia pidiéndole misericordia, concluyó por enternecerse como una criatura, y después de leerme el código para probarme la magnitud del sacrificio que hacía sólo por mí, accedió a mis ruegos gentilmente, con la sola condición de que los detenidos deberían reconciliarse en presencia suya antes de recobrar la libertad. Claro que esta negociación caballeresca la encomendé a mi amigo el diplomático, porque la verdad, no me sentí con serenidad suficiente para realizarla yo. ¡Quién sabe! Temía que la

mirada me vendiese y que Bernes llegara a figurarse que en aquella diligencia me interesaba por él bastante más que por mi marido.

El diplomático lo hizo admirablemente y anoche, poco después de las doce, volvíamos a beber juntos una copa de champagne celebrando el feliz desenlace del desgraciado suceso.

Desgraciado lo llamo, pero esto, querida Yolanda, es hipocrecía pura. ¡Pura! No puedo ser hipócrita contigo hasta el extremo de asegurarte que lamento un incidente que me ha proporcionado la clave del enigma que hoy me tiene en estos trotes. Ahora ya estoy segura de que sin aquel rasgo de torpeza con que el bandido se delató a mis ojos, habríamos desembarcado en Río de Janiero sin que me hubiera sido posible descubrirlo. Este hombre es tan indescifrable y lleva su simulación a tal grado de maestría que su actitud de anoche, cuando otra vez nos vimos, volvió a hacerme pensar si realmente no estaría yo engañada al creer que me encontraba frente a Jorge. No puedes imaginarte de qué manera tan concienzudamente estudiada y escrupulosa seguía mostrándose para mí

el mismo hombre de los dos primeros días del viaje. Si algo nuevo encontré en él me pareció como un deliberado propósito de mantenerse alejado de mí todo lo posible, así como queriendo aparentar que rehusaba el rozarse conmigo por no herir con su proximidad mi susceptibiliad de esposa resentida.

Yo no perdía ocasión de buscarle la mirada, porque presumía que al encontrase nuestros ojos frente a frente, los suyos no resistirían a la tentación de revelarme algo de lo que tiene que haber para mí en el fondo de su alma; pero cuando nos encontramos ¡ay! no ví nada. Eran los mismos ojos enigmáticos y desconcertantes de todos los días.

La tertulia, cada vez más numerosa, se fué animando con el champagne, y entonces se me ocurrió utilizar una treta que consideré de resultados decisivos: fingí hallarme un poco alegre y traté de que llegara a los labios de Barnes una serie de copas suficiente para que él lo estuviese más que yo. Creo que lo conseguí, pero sin éxito para mis ocultos propósitos. Le dió por relatar escenas pornográficas de la vida de los monos en no sé qué selvas tropicales donde había

estado algún tiempo, dando lugar a que el viajante andaluz riese estripitosamente y a que la esposa de este señor se retirase escandalizaba diciendo que el señor Barnes debería haber seguido preso por corruptor de menores. Cuando ella se fué, su marido entró en el tema sicalíptico y refirió verdaderas enormidades que él calificaba de chascarrillos gitanos. Menos mal que las cuatro mujeres presentes todas éramos casadas, a excepción de la tonadillera "Susanita", que no lo era, pero que naturalmente merecía serlo.

Ya cerca de las dos de la madrugada, yo propuse una excursión por la cubierta de todo el buque, pues hacía una noche de luna deliciosa.

Ibamos delante el diplomático y yo; después la tonadillera y la señora del diplomático con Mauricio y detrás Barnes, fumando en pipa, con el viajante andaluz y dos o tres pasajeros más. Como comprenderás, poco tardé en incorporarme al último grupo, y hasta lo hice directamente con el pretexto de pedirle a Barnes que me ilustrase sobre fenómenos marítimos que tenían mucho que ver con sus vastos conocimientos de la ciencia náutica. Barnes se mostraba obsequio-

sísimo. Los generosos vapores del champagne le habían puesto verboso y comunicativo como nunca, y cuando caminamos juntos, quedándonos detrás, tuvo para mis pormenores femeninos algunas galanterías un poco atrevidas a las que yo no hubiera atribuído más importancia que la que nosotros solemos atribuir a estas expansiones de los amigos si no fuera porque las circunstancias eran extraordinarias y aquel hombre me tenía agitadísima. Pensaba como en un sueño en que realmente me encontraba al lado del autor de aquellas cartas.

Quise poner a prueba un nuevo recurso que también me parecía concluyente. Aprovechando la oportunidad de un alto que hicimos en la cubierta, junto a un soporte donde había un farol, como incidentalmente y en tren de broma saqué la carta que había encontrado sobre mi cama la noche antes y le pregunté enseñándosela y mirándole fijamente a los ojos:

—¿Conoce usted esta letra?

Barnes se quitó la pipa de los labios, lanzó una bocanada de humo, se inclinó frunciendo el ceño sobre la carta y después de mirarla sin inmuntarse ni leer una palabra,

contestó sentenciosamente con estas frases enigmáticas:

—Mía no es. Pero bien merecía ser. Porque parece le letra de un caballero enamorado y probablemente no correspondido.

Yo quise seguir ahondando y respondí mientras guardaba la carta:

—¿De manera que está usted enamorado?

—Desgraciadamente, siempre.

—¿De su señora esposa, por casualidad?

—Por casualidad, de mi señora esposa. Y algunas veces, también por casualidad, de la señora esposa de algún amigo.

—¡Pobre hombre!

—¿Quién? ¿El amigo?

—Los dos. Pero sobre todo usted, porque según acaba de decirme es a quien le toca el triste papel de enamorado no correspondido.

—Es verdad. Y ya veo que ha comprendido usted cómo es cierto que yo merecía ser el autor de esa carta que le han escrito.

—De otra, sí; de esta, no.

—¿Por qué?

—Porque esta carta es de un hermano mío.

—Recurra usted a otro expediente. No se

olvide de que una vez me dijo que no tenía hermanos.

—Pero tengo primos hermanos, que es casi lo mismo.

—Casi. ¡Pero cuidado con ese casi que a lo mejor envuelve una diferencia peligrosa!

—¿Más peligrosa que yo?

—No. Usted no es lo peligroso en esa diferencia; usted es el peligro mismo en todas las diferencias.

—¿De usted?

—De mí no hablemos, señora. Yo soy un infeliz que ahora se pasa la vida vendiendo cueros vacunos. Un pobre hombre como usted ha dicho. No crea usted en nada más. En materia de aventuras amorosas — puedo jurárselo — todavía no he redactado mi primera carta. Y es muy posible que me quede inédito.

—¿De veras?

—De veras.

Volví a mirarle a los ojos pérfidamente e insistí con mayor intención:

—¿De veras?

—De veras.

Y agregó:

—Creo que ya es bastante desagradable el saberse uno enamorado para agregarle la

pena de saberse además no correspondido.

Tuve que darle otro curso a la conversación porque cuando llegamos a esta altura ya nos incorporábamos de nuevo al grupo de los paseantes. Pero bastará con ese diálogo que he conservado casi literalmente en la memoria para que te des cuenta de dos cosas: primero, de que todo me induce a confirmarme en la creencia de que ese hombre es Jorge, por mucho que se empeñe en disimularlo; y segundo, de que estoy resueltamente decidida a arrancarle la confesión.

Después, si consigo eso, no sé lo qué pasará. Hay en esta aventura mía una cosa que todavía no me he explicado, y es su verdadera finalidad. Acuérdate de cuantas veces me lo preguntaste y cuantas veces te respondí con un simple movimiento de hombros. La verdad es, querida, que no lo he pensado y que voy viendo llegar la hora de tener que pensarlo seriamente. Hasta hoy todo mi objeto se reducía a descubrir al hombre. ¿Quién era? Y sobre todo, ¿cómo era? ¿Cómo era aquel hombre que de aquella manera tan bruja y satánica había logrado absorber mi espíritu? ¿Por qué no consentir en que yo le conociese? ¿En qué propósito inspiraba sus extrañas maniobras? Eso era todo.

Pero ahora, cuando veo que me encuentro a pocos pasos de aclarar eso, empiezo a comprender que aquel fin se convierte en un medio y que es necesario saber cuál debe ser el verdadero fin, puesto que yo he sido quien se ha empeñado en provocar el desenlace.

Pero hoy no te escribo más porque ya el vapor va entrando en la bahía y necesito ocuparme de mi persona y de esos mil pormenores urgentísimos que preceden a un desembarco. Mañana, ya más tranquila y en posesión de datos más completos, te escribré desde tierra. Ignoro este señor Barnes a donde irá, ni si me será fácil verme con él en Río de Janeiro; pero de todos modos espero recibir carta de Jorge, según lo prometido. Nosotros, provisoriamente, pararemos en algún hotel, porque hasta ahora sólo le he puesto a mi hermana Fernanda un radiograma del que no hemos tenido contestación y todavía no sabemos si al llegar a Río la encontraremos en la ciudad, y si hallaremos comodidad para alojarnos en su casa.

Recibe un millón de besos.

Marú

XXVI

Río de Janeiro, Diciembre 11

QUERIDA Yolanda: Mi aventura empieza a adquirir carácter propio y a exigir un desenlace que cada vez me parece más natural y al que no he regateado por mi parte nada de lo que yo pueda hacer para darle interés e idealidad.

Como era de presumir, Barnes desembarcó con nosotros y nos acompañó casi toda la tarde prestándonos un sin fin de esos pequeños servicios que únicamente pueden prestar los hombres que han viajado mucho cuando se llega a una ciudad cuyas costumbres y comodidades nos son desconocidas. Por ahora mi plan no sufre contratiempos, porque este hombre sigue fingiendo admirablemnte y yo lo trato segura de que no ha de cometer la menor indiscreción delante de nadie. Dice que piensa permanecer algunos días en Río de Janeiro porque telegrafió a su

casa y le contestaron que su familia se hallaba veraneando allá en no sé qué paraje de San Pablo. Todo esto es un infundio, naturalmente. Cuando ha visto que mi interés hacia su persona corresponde al interés que logró despertar con sus cartas, él ha comenzado a modificar su programa convenientemente, de acuerdo con las circunstancias. Pero yo le dejo enredar y mentir a su gusto. Y hasta me alegro de que lo haga con tanta habilidad y tanto aplomo. ¡Quién sabe! Bien puede llegar un día en que ese cinismo suyo, aliado al mío, constituya nuestra mejor arma contra cualesquiera de esas sorpresas que nos asaltan en esta clase de aventuras.

Por lo demás, en cuanto a lo que personalmente me interesa, creo que conseguiré hacérselo confesar todo de una vez cuando me le proponga seriamente. Ya anoche, hallándonos de recorrida por algunos teatros de varietés, (ya sabes tú que, fuera de ahí, esto de meterse en un teatro de varietés es cuestión simplemente de comprar la entrada) advertí que nuestro cicerone correspondía a mis miradas con mal disimulado enternecimiento. Y yo me preguntaba: ¿qué respondería ahora si yo le volviese a interrogar

sobre de quién será la letra de aquella carta? Pero todavía era pronto.

Te escribo en el Hotel, muy cerca de medio día, aprovechando que Mauricio duerme aún, porque nos retiramos muy tarde. Yo me escapé de la cama para escribirte, pues hoy tendremos gran excursión con la familia de mi hermana y a otra hora no lo iba a poder hacer.

Esperábamos a Barnes para almorzar aquí, pero en este momento ha llegado una tarjeta que dirige a Mauricio excusándose por causas imprevistas. Y aquí tienes otro detalle que realmente me desconcertaría si no supiese hasta qué extremo cuida ese hombre de su papel: ni la letra ni la firma de esta tarjeta tienen el menor punto de semejanza con la letra y la firma de las cartas de Jorge.

¿Verdad que sería el caso de seguir pensando si no estaré siendo víctima de una ofuscación? ¿Qué interés puede tener este hombre en continuar dispistándome? Y tú dirás: ¿pero qué interés pudo tener en despistarte nunca? Sin embargo, yo lo comprendo y me lo explico todo. Este hombre, cuya fisonamía ya no me parece enteramente desconocida, se enamoró de mí perdida-

mente y optó por el procedimiento de la ocultación para conquistarme. Empezó con aquellas cartas inflamadas y misteriosas en las que se me presentaba como un ser atormentado por mi persona, pero más atormentado aún por la idea de sufrir una descepción si yo no me rendía a sus caricias ideales. Hirió primero mi curiosidad, más tarde mi interés, y supo llevar este a un verdadero caso de sugestión amenazándome con extinguirse el día en que yo me le manifesté incomodada. Pero yo creo ahora que él no hubiera emprendido nunca este viaje si no hubiera tenido la seguridad de que yo me embarcaba detrás de él, cosa que fácilmente pudo saber por las agencias marítimas. Lo supo y se embarcó. Y como por muchas causas le convenía no dárseme todavía a conocer, inició aquella admirable tarea de comediante, digna de la que había desarrollado en tierra, y que le permitía permanecer cerca de mí a la vez de mantener el interés que en mí había despertado. El incidente a bordo con mi marido, ocasionado como te he dicho por los vapores del champagne, lo denunció a mis ojos contra su voluntad y trató entonces de arreglar las cosas con aquella carta curiosí-

sima; pero desde entonces se acabó el misterio, como él debe saberlo perfectamente.

Comprendo, sin embargo, que persista en la ficción, porque el procedimiento le ha dado un resultado colosal y yo creo que le ha tomado hasta cariño. Lo que nos pasa a nosotras con ciertos gestos, que cuando tienen un gran éxito de coquetería los adoptamos indefinidamente y a lo último se convierten en amaneramientos del peor gusto. Creo que mi pobre amigo está ya haciendo un verdadero papelón.

Con todo, ¿creerás que estoy nerviosa por ir a recoger la carta prometida? ¡Qué sé yo! Casi empiezo a tener miedo de que se acabe la comedia.

Un millón de besos.

Marú

XXVII

Río de Janeiro, Diciembre 11

ADORABLE Marú: Cuando ayer desembarcamos en Río de Janeiro esperé a que usted abandonase el trasatlántico para luego bajar yo. De esta manera, ya que no podía ser de otra, quise forjarme la ilusión de que era yo quien venía locamente detrás de usted y no usted detrás de mí. Lo primero era lo hidalgo, además de ser lo que yo hubiera desado: lo segundo era un absurdo que sólo resultaba concebible a fuerza de ser absurdo todo lo que me está pasando con usted. Si esta es mi vida y sólo así es posible que yo siga viviéndola y usted no tiene reparo en sacrificarse, respiraré con el corazón. Pero si lo que busca usted es su vida y su vida es la satisfación de algo inconfesable aquí, yo necesito decirle que ha sufrido usted una equivocación verdaderamente trágica.

Todo lo menos malo que hay en mí era lo que yo le daba y lo que quería seguir dán-

dole desde esa región abstracta que más se parace a la eternidad, que es el misterio. Puesto que todo aquello era emoción, y nada más que emoción, creí que estaba bien en lo que a un mismo tiempo es y no es: en lo perenne. Usted me dijo un día que todo do aceptaba mientras que yo no la incomodase con mi presencia para usted invisible. Era el derecho. Y yo le dejé a usted que lo tuviese y le prometí marcharme inmediatamente. Era la huída. Porque yo no me marché, Marú; lo que yo hice fué huir. Huir del lado de su persona; huir también un poco de mi mismo, puesto que tenía por seguro que al marcharme de donde usted estaba, algo mío muy mío quedaba cerca de usted, pero huir sobre todo de mi obra, de lo que yo he hecho, de lo que yo he forjado, que era huir de la decepción que llegaba porque se aproximaba el momento de que usted me descubriese.

Pero usted se ha empeñado en descubrirme. Me engañó cuando me dijo que lo único que le interesaba era su tranquilidad y se engañó usted misma al creerlo así probablemente. Ahora falta que yo no la engañe a usted ni me engañe a mí mismo al decirle que lo que usted pretende es resolver un problema que no tiene solución.

Yo lo siento en el alma, porque ya hace bastante tiempo que no veo en usted la mujer vulgar y vana que apenas si se da cuenta de que los seres tienen epidermis. Alguna vez le he explicado ya de qué extraña manera hasta la coquetería tiene en usted un sentido singular. Como un estremecimiento. Y es que usted no hace otra cosa sino pedirle a la vida por lo menos la mitad de las emociones que usted prodiga en la vida para los demás. Entonces resulta usted una pobre alma perdularia que como la de los otros pobres, la de los pobres que no tienen que comer, está toda enardecida por ansias no satisfechas, por ilusiones que se suceden y renuevan, como las nubes sobre las montañas, pero que nunca pasan de ilusiones, como las nubes en sus movimientos no pasan de teorizar maravillas cabalgatas. ¡Y ya ve qué diferencia!

¡Ya ve qué diferencia tan curiosa! ¡Usted empeñada siempre en no encontrarle explicación a mis desatinos, y yo siempre empeñado en encontrársela a los suyos! ¡Usted obligándome a huir hasta de mi sombra y yo obligado a resignarme a que mi sombra sea usted! Y es que yo he visto, Marú, lo que usted no ha podido ver todavía, que es

la verdad de lo que hay de divino en esta humana telepatía que nos ha ido encadenando. El día en que le escribí mi primera carta yo descubrí ante su espíritu un mundo de sensaciones completamente desconocidas; pero es necesario que a usted le conste que usted no hubiera ido en busca de la segunda carta si aquellas sensaciones de un mundo nuevo no hubieran estado en potencia dentro de su alma. Por eso yo no cargaría ahora con toda la culpa si no supiese que la mayor parte de la culpa está en una gran desgracia toda mía que la obligaba a usted a una eterna resignación tan grande como mi desgracia: la resignación de no experimentar de aquellas sensaciones sino lo que pudiera haber en ellas de soñado.

Usted no quiere soñar y yo le consentiré que invoque nuevos derechos. Todos son suyos. Todos le pertenecen por antonomasia, que es como si se dijera por la gracia de su sexo y los encantos de su gracia. Pero lo cierto es que si sigue usted invocándolos, no tardará en colocarme al borde de un precipicio.

Ahora ya no sé que hacer. Creí saber lo que hacía mientras pensé que eliminándome yo personalmente de su lado eliminaba el

único obstáculo para que usted pudiera contemplarme entre sus héroes predilectos. Resulta que no fué así y que tengo que luchar con un nuevo gigante. ¿Qué haré? ¿Jugaré el todo por el todo? ¿Le daré a usted una cita y me presentaré a sus ojos tal como soy? ¿Arrastraré las tremendas consecuencias que ello acarrerá? ¿Y si no puedo?

Estas preguntas, que formuladas así parecen una improvisación accidental, han venido sonando en mi pensamiento continuamente, incesantemente, como el latigazo de las olas que chocaban en el buque, durante los tres días que duró nuestro viaje. Ya no puedo cumplir el propósito de escribirle a usted una carta que no acabase nunca porque lo urgente no era para mí el decirle de qué modo me iba sin alma, sino el pensar cómo había de decirle que mi alma se encontraba muy cerca de la desesperación al ver que la de usted seguía el mismo camino. Entonces, ante la desoladora inutilidad de mi fuga, sentía la tentación de sorprenderla a usted en alguna de sus frecuentes excursiones solitarias para que todo acabase repentinamente, de la manera más descarnada, menos teatral posible. Pero nunca tuve fuerzas. La veía pasar y pasar con su figura siem-

pre estilizada, siempre luminosa, siempre emocionante, siempre incomprensible para la mediocridad humana, y su paso me dejaba sin valor para someterme al sacrificio de renunciar a aquel milagroso ascendiente que había logrado sobre su existencia. Pensaba en todas las cosas que aun tenía que decirle, en una historia dorada que yo sentía agitarse en mi cerebro para contársela a usted, y me parecía un pecado inconfesable que usted siguiera viviendo sin saberlo todo.

Volvía, pues, a hundirme en mi modesta covachuela de segunda clase, allá perdido entre una muchedumbre oscura y poco aseada con la que usted mantenía, claro, muy escasa familiaridad, y en la que hallé por lo tanto refugió incómodo pero bastante práctico contra sus maniobras sutiles y perseverantes. Fueron horas que nunca olvidaré; horas en las que sentí las más opuestas impresiones, y de las que no podría decirle qué me conmovía más, si el miedo a la idea del pavoroso problema que se me planteaba, o el placer de pensar qué clase de revolución cósmica habría provocado yo en su alma cuando la veía resuelta de aquel modo a precipitar el desenlace. De todas maneras,

mi orgullo varonil tenía donde afirmarse en el orden espiritual. En el material, como no podía haber motivo de orgullo, el orgullo no necesitaba donde afirmarse. En cambio, aparecía por otra parte la gran cuestión, la pavorosa cuestión: el inventar una nueva solución que proponerle a usted cuando usted me dijese que nada conseguía con la fuga.

Y en esto estoy, Marú. ¿No se apiada usted de mí?

Jorge.

XXVIII

Río de Janeiro, Diciembre 12.

QUERIDA Yolanda: Acabo de leer la primera carta de esta segunda serie de mi aventura y me apresuro a decirte que en este momento me encuentro loca, loca, loca, y no sé de qué, si de alegría o de pena, de tranquilidad o de remordimiento; pero sea de lo que fuere, por esto que te digo ya adivinarás que también en este plano de su papel mi enamorado ladrón continúa incorruptible e inalterable en la voluta ascendente de su delirio.

El hombre se me revela desesperado ante la idea de que la mujer a quien tanto ha hecho por seducir estuviera resuelta a seguirle hasta el fin del mundo si el mundo tuviese fin. ¡Farsante! ¡Farsante! ¡Farsante! Yo pienso en que el hombre que ha escrito esto es el mismo que pocas horas antes desistía de marcharse de aquí porque aquí seguiría visitándome, y no acierto a emplear otra palabra que más sinceramente exprese mi juicio. ¡Farsante! ¡Farsante! ¡Farsante! Sólo

que ahora me sería imposible decirte cuál de los aspectos de este tipo me indigna más: si el que me lo presenta disfrazado de agente viajero acostumbrado a reirse un poco excépticamente de las oportunidades que le brinda el amor de la mujer que pasa, o el que me lo presenta en esas cartas inflamadas, ahondando en mi alma, en mi pensamiento y en toda vida como jamás nadie ahondó.

Y te digo que no sé cuál de los dos me indigna más, porque ya es indignación y nada más que indignación lo que estoy sintiendo; indignación de verme tan impotente para acabar de una vez con esta superchería que me convierte en un bonito juguete de los caprichos de un hombre a quien yo necesito dominar y a quien yo sé que puedo enloquecer. Sintiendo esto que siento, ahora ya he llegado a comprender los arrebatos y las locuras de muchas heroínas que sólo me parecieron simples fantasmas y absurdas invenciones de dramaturgos y novelistas. No creo que llegue nunca a perder la línea, porque soy mujer de firme voluntad y espero que pueda en mí demasiado el apego que profeso a mi bienestar y el miedo a que algún día tuviese que reirme de mí misma. Pero ya que he llegado contigo a esta clase de

confidencias íntimas, perdóname que te confiese que tengo algunos ratos de verdadera angustia.

¿Es impaciencia sencillamente? ¿Es despecho de pensar que sabiendo que he descubierto a Jorge no puedo decir, sin embargo, que lo he descubierto?

Ayer no pude verlo en todo el día. Como te dije en mi carta, se excusó de asistir al almuerzo para la cual le habíamos invitado. Después nos fuimos al famoso Corcovado y cuando regresamos era muy tarde. Hoy pasaremos el día en casa de mi hermana, de manera que tampoco lo veré. Pero sé que el diplomático le ha invitado para un baile que se dará el 14 en la Legación de Chile y allí hemos de encontrarnos seguramente. Creí que Mauricio volvería a convidarlo para el almuerzo de hoy. No lo ha hecho, sin embargo. Yo no he querido decirle nada por no parecerle demasiado obsequiosa con un hombre que tanto puede comprometerme.

Esta tarde saldré a comprarme un vestido para el baile. Hay aquí unos modelos que te encantarían. La moral en este Río es bastante más elástica que en ese otro. También el agua es más verde, me decía Barnes anteanoche, conversando de estas cosas.

Un millón de besos. **Marú.**

XXIX

Río de Janeiro, Diciembre 12.

ADORABLE Marú: Poco a poco, y sin saber bien por qué, advierto que me voy tranquilizando. Tal vez esto se deba a que el correr de las horas en esta nueva ciudad sólo ha llegado a demostrarme que entre nosotros no ha ocurrido otra cosa sino un súbito cambio de escenario. Tal vez también se deba a que este es el país optimista por excelencia y no sea posible permanecer en él un par de días sin sentirse contaminado por esa sabia jugosa, húmeda y lubrificante que ha convertido el fondo de la ciudad en una eterna fronda. Y quizá sólo se trate de alguna nueva ilusión. Pero de todos modos, como hasta ahora no he recibido su primera carta, resuelvo recuperar mi antigua cachaza y esperar a que usted me revele sus propósitos antes de colocarme en lo peor.

O en lo mejor, ¿quién sabe?

Por lo pronto, si todo se redujese a un simple cambio de escenario, creo que nada perderíamos ninguno de los dos, sino al contrario, creo que los dos saldríamos gananciosos: usted, porque recibiría mis cartas con más frecuencia; yo, porque la contemplaría a usted en un ambiente más bello y más propicio a las exaltaciones de la vida. Hay en el aire de esta ciudad una especie de vaho amoroso, una especie de hálito de lujuria que a un mismo tiempo parece convertir en moléculas las densidades del espíritu y transformar en densidades espirituales el contenido de la materia. Del conjunto resulta un gran desorden, un caos, la desorganización de todo. Pero cuando uno ama en desorden, caótica y desorganizadamente, cuando uno sólo experimenta en el alma esa rara especie de necesidad que debe experimentar la mirra de verse quemada en el pebetero, entonces ya todo lo ve de una manera muy distinta de como ven las cosas los que tienen algo en el mundo que perder y ya uno no piensa en nada más que en esfumarse en el humo del sacrifico.

Usted está perfectamente convertida en mariposa de esta luz. Si llegase a perder la de sus ojos y yo pudiese llegar a usted sin

que usted percibiese sino el sonido de mi voz, que sería como el sonido de mi espíritu, entonces no habría problema que resolver: los dos nos perderíamos para siempre. Pero usted, que lo primero que necesita es no perderse, conservará sus pupilas llenas de claridad y de inteligencia, y así cada día que pase solamente tendré yo un nuevo motivo de homenaje y mi problema una nueva prueba de que nunca tendrá solución.

Y vuelvo al optimismo de la vida práctica. Me despojo de toda preocupación más o menos fatalista y resuelvo confesarle valientemente que no tengo más remedio que alegrarme de que usted se encuentre aquí. No quiero ni pensar en lo que ahora pasaría por mí si estuviésemos tan distantes como creí que estaríamos. Me engañé ingenuamente al suponer que su presencia no me era absolutamente indispensable. Hoy he leído su nombre entre los de las damas que concurrirán a un baile de diplomáticos y el corazón se me estremece con el recuerdo de otras horas que creí que jamás se reproducirían. Pero está escrito que para nuestras horas no haya más que un horóscopo en el mundo. Por designios que escapan a nuestra comprensión habrá siempre una oculta concor-

dancia que colocará en dos puntos paralelos los instantes definitivos de nuestras dos existencias. Yo seré como la concavidad acústica, como el ábside litúrgico donde se recogen los sonidos y se densifica el canto. Usted será la idealidad cantada que se transforma en ondas en el hueco de mi alma y que además justifica la única razón tolerable de mi existencia. Entonces pienso ya que nada puede importarme eso que define el tiempo, porque me bastará saber que he vivido un instante plenamente para usted para que considere concluída mi única misión. Pasarán muchas cosas, vivirá usted muchos años, sentirá usted muchas satisfacicones, pero en en fondo de toda su existencia, aquel instante mío, aquel instante en que usted se vió en mi alma, será lo único supremo y permanente que usted habrá vivido; será todos los encantos de su persona reasumidos en un verso inalterable; será lo que yo le he dicho tantas veces; lo que yo soy, lo que yo valgo, lo que yo significo: su eternidad.

Jorge.

XXX

Río de Janeiro, Diciembre 13.

INSOPORTABLE amigo: Ha llegado la hora de concluír con esto definitivamente. El apresuramiento mío al retirar de la oficina postal sus dos últimas cartas, agregado a otros muchos indicios interesantes que no pueden haber escapado a su clara inteligencia, me releva de entrar en declaraciones completamente gratuitas sobre el objeto de este viaje que acabo de realizar detrás de usted.

Así: detrás de usted. Hablemos sin coqueterías ni sutilezas que no vienen al caso. Hubiera preferido, como usted, que fuese usted el perseguidor y yo la perseguida. Eso sería lo propio en la aventura y lo que más agradaría a mi condición femenina; pero las cosas pasan como tienen que pasar. ¿Qué les puedo hacer yo si pasan de esta manera?

Ahora quiero decirle en pocas palabras

que sus cartas me gustan mucho y que no renunciaría al derecho de seguir recibiéndolas toda la vida, pero que desde que lo he descubierto personalmente, como lo descubrí la noche de su incidente con mi marido, considero que está completamente de más esa insufrible superchería que le obliga a usted a la doble y molestísima tarea de escribirme cartitas desde la eternidad, mientras por otra parte se sienta usted a mi mesa y me acompaña al teatro disfrazado de personaje noruego traficante en cueros vacunos.

Creo que ya ha sacado usted de su plan de simulación todo el partido que podía sacar si es verdad lo que me dicen sus cartas y me confirman sus miradas de que se encuentra tan perdidamente enamorado de mí. De manera que debe usted cesar en su manía de molestarse, sobre todo teniendo presente que al molestarse usted me molesta tanto a mí y que, por muy perdidamente enamorado que esté usted, nunca podrá enterarse de si yo le correspondo mientras no se despoje de ese disfraz que ya no tiene objeto mi sentido.

Hay una ocasión propicia para que nos veamos a solas un rato y conversemos sinceramente. El baile de mañana en la Lega-

ción de Chile, al que, según me dice, piensa usted concurrir. Mauricio, como usted sabe, no se hallará en Río Janeiro, pues salió esta mañana para las canteras de Santos Almeida a la pesca de ese fabuloso negocio que le han propuesto y no regresará hasta dentro de tres días. Yo iré con el diplomático y su señora, que continúan alojados en este hotel; y como creo que nadie lo impedirá, bailaremos si usted quiere toda la noche.

Marú.

XXXI

Río de Janeiro, Diciembre 14.

QUERIDA Yolanda: Como nadie mejor que tú sabe lo que significa un día de baile para nosotras, y especialmente para mí, ¡para mí, que cuando no consigo ser el *clou* de la velada vuelvo a casa llorando de rabia!, te explicarás que hoy salga del paso en mi epistolario con cuatro letras, a pesar de las muchas cosas que tendría que contarte. Cosas pasadas, cosas por pasar y cosas ni pasadas ni por pasar, pero sentidas, que suelen ser las más interesantes y también las más largas de referir.

Creo que los acontecimientos se precipitan y que mi próxima carta, la que te escriba mañana si Dios quiere, será bien satisfactoria para tu curiosidad.

A su segunda carta, que recibí ayer, le contesté ayer mismo dándole cita en el baile

de esta noche, pues se me ofrece una linda combinación: Maudico está de viaje y sabré aprovechar esta circunstancia para prepararle al bandido una verdadera emboscada donde no tendrá más remedio que despojarse del antifaz.

He vuelto a verlo ayer a la hora del té, y cada día me convenzo más de que no puedo soportarlo en su papel de corredor de cueros. Mi corazón necesita ya imperiosamente oírle de viva voz lo que me dice en sus cartas. Ya no es un simple capricho; es un ardiente deseo de mi necesidad de saber qué es lo que experimento hacia ese hombre fatal!

Y basta, porque ha llegado el auto de la tienda y todavía tengo que ir a la casa de peinados. Te adjunto un diseño del vestido que me he comprado. ¡Para que te embobes! No se lo vayas a enseñar a Armanda porque la pobre organizaría una rogativa en su parroquia. Y con razón. Estoy loca.

Un millón de besos.

Marú.

XXXII

Río de Janeiro, Diciembre 14.

ADORABLE Marú: Puede usted creer que jamás me ha costado tanto como ahora el hallar un abjetivo que anteponer a un nombre de mujer. Pero dejaría yo de ser quien soy si aún en estos momentos realmente sombríos en que usted me coloca no tuviese para usted toda la cordialidad, toda la ternura que siempre tuve y que nunca podría dejar de tener. Por eso la llamo adorable, muchas veces adorable, aunque el vocabulario de las pasiones me brinde otros adjetivos que tienen más sinceras afinidades con el dolor de estas circunstancias, ahora que usted provoca y yo no puedo impedir un desenlace que debe poner fin a esta miserable historia.

No se qué será de mí cuando usted recoja esta carta, pues de todas maneras no la podrá recibir hasta después de realizado el

baile para el cual usted me cita y en el cual debe ultimar esta aventura; pero por eso mismo, porque la aventura se acaba ya y porque no se qué será de mí en definitiva, necesito dirigirle algunas letras que le proporcionen la tranquilidad de saber que al fin, aunque quizá un poco tarde, ha logrado usted ver claro en un asunto que tan profundamente le conmueve.

Su carta de ayer ha venido a demostrarme que no me engañó el corazón cuando tuve aquel presentimiento que una noche, a bordo, me indujo a ponerle cuatro líneas pidiéndole que no fuera usted a caer en el error de confundirme con aquel pasajero que tuvo el incidente con su marido. Ahora veo que no solamente me confundió, sino que mi carta no hizo otra cosa que confundirnos más, a tal punto que concluyo viéndome suplantado y usurpado fatalmente por aquel hombre a quien usted atribuyó todas mis cartas, toda mi admiración, todo mi espíritu, y cuyas galanterías ha querido usted corresponder en la forma que adivino, solicitando tan sólo de su caballerosidad que concluya de fingir y se le entregue descubierto. No conozco al señor Barnes y no sé por lo tanto hasta qué extremo sabrá portarse caballero-

samente ante las solicitaciones de su desorientación; conozco en cambio a muchos otros hombres tan interesantes como él y dudo mucho de que la tentación no le rinda en la oportunidad de esta fácil aventura que las hadas le brindan tan alegremente. De manera que preveo el desenlace y experimento la necesidad de acudir a la cita para tomar parte en él.

¿Cómo? No lo sé. Tal vez un tanto grotescamente, porque las almas gallardas necesitan un cuerpo gallardo para agitarse gallardamente y mi cuerpo está fuera de concurso. Pero esto, Marú, no me importa, porque esto para mí anduvo siempre envuelto en la idea de lo imposible, y lo imposible es la idea que nos tiene sin cuidado.

Gallardamente, — bien lo sé yo y usted también lo sabe,—nunca hubiera podido caer, puesto que nadie me hubiera derribado. Imagínese ahora que fuera cierto que el señor Barnes, tuviese mi alma, o que yo tuviese el cuerpo del señor Barnes; la metáfora no debe exigirle mayor esfuerzo, desde que usted ya la tiene convertida en cosa real. ¿Cree usted que en ese caso me hubiese vencido alguien? No. Si esta pobre historia íntima fuese una linda novela y yo me resignase a

extinguirme silenciosamente, el lector podría sacar la siguiente moraleja: en el amor, la belleza del alma no tiene más que dos caminos: el de la gloria, si a la del alma corresponde la del cuerpo; y si no, el del sacrificio.

Este es el mío, decididamente. Porque hay excepciones, lo sé; pero también he pensado que en la prueba de las excepciones suelen estar las decepciones y confieso que he tenido miedo, mucho miedo, cada vez más; tanto más miedo cada vez, cuanto mayor iba siendo la ilusión que yo forjaba en su fantasía y que iba a producir la decepción. Y como para los cobardes se inventó la fuga, huí. ¡Usted sabe cuanto huí! ¡He huído hasta el final! Ahora ya no puedo huír porque siento que debajo de mis pies se ha concluído el planeta al desaparecer el fantasma que me daba tanto miedo. Pero mi alma exige una restitución.

No soy celoso, no estoy celoso, no tengo derecho a estarlo en el sentido típico de esa pasión. Ni poseo pasta de Otello, ni en lo que a usted se refiere han podido jamás inquietarme las manifestaciones galantes de ningún hombre. Casi me atrevo a pensar, por el contrario, que si hubo algún hombre en

el mundo sinceramente enamorado de usted, más motivos de celo hubiera tenido él de mí que yo de él, porque demasiado sabe usted a quien pertenecía la preferencia en lo más hondo de su espíritu. Pero hay en este trance una circunstancia excepcional, que se levanta ante mí como una ola siniestra; es la idea de que ese hombre haya usurpado mi alma, la idea de que usted se entregue a él creyéndose por un solo instante que se entrega a mí, la idea realmente revulsiva de que lo único tolerable que hay en toda mi vida, sirva de celestineo propiciatorio para satisfacer los instintos de un hombre que apareció casualmente en su camino y que probablemente es tan incapaz de comprenderla, de adorarla a usted, como el más insignificante de los contertulios de su palco.

Por eso iré a la cita de esta noche e intervendré como Dios me dé a entender en la escena final de esta comedia que ya termina. Usted será si quiere de ese hombre, pero no con mi alma, sino con la que tenga él. Y entonces vendrá lo que tenga que venir: la decepción, la ruptura, el escándalo, el episodio de suburbio, la riña de baja estofa, el derrumbe de todas mis quimeras, la conclusión de todas sus ilusiones, el fracaso total de es-

ta gloriosa obra mía, y luego, probablemente, su indignación, su asco, su remordimiento, cualquier cosa, cualquier cosa... ¿qué importa ya? Nada importa nada. Puesto que fatalmente debo extinguirme, desapareceré llevándome cumplida la única satisfacción a que ya puedo aspirar; la de pensar que ahí queda usted, Marú, tan adorable como siempre, más adorable que nunca, propicia a las solicitaciones del apetito ambulante, pero sabiendo también para siempre y para nunca poderlo olvidar que mi alma no tenía más cuerpo que mi cuerpo y que con él se perdió cuando llegó la hora de probar que yo era un hombre fallido.

Como esta hora ha llegado ya, muy poco tengo que agradecerle aquí. Si conserva usted mis cartas como algo propio, quizá no pueda yo decir que estoy fallido definitivamente; si no las conserva, por usted, mucho más que por mí, lamento haber tardado tanto en darme cuenta de la inoportunidad de mi existencia. Pero usted, que tal vez ha llegado a amarme por no conocerme (al revés de lo que le habrá pasado con otros hombres a quienes nunca llegaría a amar precisamente por conocerlos) sabrá tener para el pecado de mi insuficiencia la compasión que tie-

ne para los pobres pordioseros del amor. Después de todo, a usted también la va engañando el deseo, como probablemente me engañó a mí. Y a propósitos de engaños y desengaños, removiendo recuerdos de otra época (esos recuerdos que, sin saberse por qué, afluyen a nuestra cabeza cuando al corazón le pesa demasiado la hora presente), yo pensaba hace un momento, después de leer su carta, que en aquel libro del Kempis que fué mi primer breviario cuando me paseaba por entre los naranjos con mi primera sotana, yo pensaba, decía, que había en aquel libro unas palabras señaladas con una rayita trazada no sé por quién y en las cuales se leía una cosa que nunca pude olvidar: se leía que en la vida...

Pero no tengo tiempo de escribirle más. Son las diez y a las once empieza el baile. Dejo la pluma para ponerme el frac.

Jorge.

XXXIII

Río de Janeiro, diciembre 15

QUERIDA Yolanda: Te pongo estas cuatro letras bajo la impresión de una repentina zozobra que me tiene enteramente horrorizada. Anoche, ya tarde, después del baile, cené con Barnes en el salón reservado de un restaurant de las afueras, y cuando ya nos retirábamos, cerca del amanecer, asistí a un episodio en el que mi acompañante mató a un hombre de un balazo. Como no tengo la cabeza para meterme en relatos, te mando el recorte de una crónica publicada en un diario de la tarde. Por ella te darás cuenta de mi aterradora duda. Sólo quiero adelantarte que yo cené con Barnes firmemente convencida de que era Jorge, aunque hasta la hora de retirarnos no me lo había querido confesar sino en forma un poco equívoca, cosa que yo atribuí a perfidia de su parte; esa perfidia que tanto me ha hecho sufrir. Lee lo que dice el diario:

—"En la madrugada de hoy, siendo próximamente las cuatro y media, tuvo lugar en las inmediaciones del restaurant "Midi" un sangriento episodio cuyos orígenes aparecen rodeados de algún misterio, por más que todo haga suponer que se trata de la obra de un demente.

A la hora referida, según el parte policial, un caballero de nacionalidad noruego y que dijo llamarse Guillermo Barnes, se vió obligado a matar de un tiro de revólver a un sujeto desconocido que inesperadamente le atropelló, en momento en que el señor Barnes subía a un automóvil de alquiler en compañía de una dama con quien había cenado en dicho restaurant. La dama no ha prestado declaración porque se retiró de aquel paraje en otro auto antes de que acudiese la policía; pero según manifestaciones del señor Barnes, corroboradas puntualmente por el chauffeur, el sujeto desconocido, que vestía traje de frac bajo una capa negra, de pronto apareció en la oscuridad y prentendió interponerse entre el señor Barnes y la dama acompañante diciendo en forma agitada que necesitaba hablar con ella urgentemente. Presa de evidente pánico, la dama le rechazó, así como el señor Barnes, quien trató de

impedir a viva fuerza que el asaltante se introdujera en el automóvil. Pero como el sujeto insistía cada vez con más violencia, manifestando notorias muestras de enajenación mental, tanto la dama como el señor Barnes ordenaron al chauffeur que partiese a escape, en vista de lo cual, y ya con el coche en marcha, el asaltante se trepó al estribo y se prendió de la portezuela, al mismo tiempo que extraía una pequeña pistola con decidido propósito de hacer fuego. Entonces fué cuando el señor Barnes, ya en inminente peligro de verse asesinado a quemarropa, sacó un revólver Smiht, calibre 32, que llevaba, y descerrajó al sujeto un balazo en la cabeza que le derribó del coche fulminado.

Cuando bajaron a examinarlo, se hallaba muerto.

Ni la Policía ni la Justicia, que intervinieron sucesivamente incautándose del cadáver, han encontrado en su ropa documento alguno que les permita identificar la víctima. Se presume que se trata de un extranjero porque el traje y la capa que vestía tienen marca de una casa de Buenos Aires.

Cubiertas las providencias y garantías de rigor, tanto el chauffeur como el señor Barnes recobrarán hoy mismo su libertad. Por

lo que toca a la dama, su nombre lo reserva la Justicia".

Esto es lo que dicen los diarios. Yo no tengo que decirte sino que todo en torno se me desmorona. Compadece a tu amiga.

Marú.

XXXIV

Río de Janeiro, Diciembre 20

QUERIDA Yolanda: Hoy te pongo un telegrama para decirte que no me escribas más a Río de Janeiro porque pasado mañana nos embarcamos de regreso a Montevideo aprovechando el paso del vapor "Oriana". Cuando recibas esta carta, ya estaremos de viaje ¡gracias a Dios!

No puedo más. Experimento algo así como si me faltase oxígeno en la atmósfera de esta ciudad. Nunca hubiera imaginado una desgracia tan triste. Cuando pienso cuanto hice yo por provocarla, no sé qué pensar de mí. Ni de él, que es lo peor. Porque quisiera tener por qué llorar y tampoco puedo eso. ¡Ni llorar!

Lo vi sólo un instante, como una sombra que pasa en la noche y que al pasar nos hace el efecto de una aparición maléfica.

En su última carta, una carta que recogí al día siguiente del suceso que te dije y que

me dió la evidencia de la espantosa desgracia, él me decía que le bastaba con la satisfacción de saber que yo sabía lo que no hubiera querido saber nunca. ¡Ya vez si era imposible que nos encontrásemos alguna vez!

Y sin embargo, ahora siento como un vacío insuperable.

Yo lo atribuyo a los nervios y creo que pronto me olvidaré de todo. Ya sabes que desde chica siempre fuí demasiado impresionable. Papá me contaba que en casa había un gato negro y que un día tuvo que mandarlo a matar porque yo soñé que estaba rabioso y seguí soñando despierta. Hasta que llamaron al jardinero y se llevó al minino en una bolsa. Al rato sonó un disparo en el fondo del jardín.

Creo que aquel disparo y el de la otra madrugada son los únicos que he oído en toda mi vida. ¡Qué espanto!

Me decía también en la carta que él era un hombre "fallido" porque la belleza del alma sin la arrogancia del cuerpo es cosa de sacrificio. Tenía razón. ¿Pero qué es la arrogancia del cuerpo sin la belleza del alma? Yo te digo que a pesar de lo pervertida y estragada que me encuentro, ahora pienso

con verdadero hastío en nuestros amigos más interesantes. Sobre todo en este Barnes. Es horror lo que siento al pensar que pudiera atreverse a presentárseme.

Pero así no se puede vivir. Como te digo, yo creo que todo es nervioso y que pronto recobraré mi tranquilidad.

¡Si Mauricio fuera otro! Pero cada día me entiende menos. Figúrate que ahora, con motivo de esto que ha pasado, le ha dado por hacerse el celoso, que era lo único que le faltaba.

¿Y celos de quién? ¿Celos de un pobre diablo a quien han matado en la calle sin saberse siquiera a quien mataban? Así se lo he tenido que decir yo misma. ¡Yo!

Porque te digo que está insufrible.

En fin, no veo la hora de salir volando. ¡Volando, sí! ¡Necesito volar!

Marú

F I N



UN SOPLO EN EL CORAZON

1

CUANDO nació Romulito, le descubrieron un soplo en el corazón. Cuatro médicos le vieron y los cuatro declararon que difícilmente viviría tres meses. Cuando cumplió tres meses, alargaron el plazo hasta los seis. Pero cumplió los seis Romulito. Entonces los doctores declararon de modo rotundo:

—No pasará el período de la dentición.

A los dieciocho meses, como ya despuntaba un colmillito, los doctores empezaron a no saber qué decir.

—Es curioso.

—Es extraño.

—Es increíble.

El cuarto médico, dijo:

—Sin embargo, este soplo lo tiene que matar. Matemáticamente, lo tiene que matar.

—Pero ¿cuándo, doctor? — le preguntaba el padre.

El doctor se encogía de hombros.

—Querido amigo—decía,—cuanto antes, será mejor. Es lo único que puede afirmarse. El soplo se lo tiene que llevar. Menos mal que no habrá sufrimiento. Se quedará como un pajarito.

Cuando el padre oía decir esto, parpadeaba mirando al aire y se cubría la cabeza con las manos. Luego daba paseos de un lado a otro.

—¿No hay manera de hacer nada? ¿No podría inventarse algo?

—¿Qué quiere usted que inventemos? Es una falla de la naturaleza. El soplo se lo tiene que llevar.

Pero no se lo llevaba. El niño cumplió dos años, tres años, cuatro años. Los doctores, siempre alerta, siempre auscultándolo, siempre con el oído aplicado al pechito de la criatura, no acababan de salir de su sorpresa. El diálogo, en substancia, se reducía a lo siguiente:

—¿Qué nos dice hoy, doctor?

—Nada, amigo. La Divina Providencia continúa con la palabra. A nosotros nos toca esto que hacemos: oír y callar. Cuando más, mostrarnos maravillados.

—¿Qué opina usted de un viaje?

—¿Un viaje? ¿Para qué?

—El niño está melancólico.

—¿Y cómo quiere que esté?

—No sé. Podríamos animarle, distraerle, divertirle. . .

—Usted verá. Yo creo que resultaría contraproducente. Lo que al niño le conviene es el régimen seguido. Calma, sosiego, tranquilidad. Nada que le perturbe ni le inquiete; nada que le contraríe ni que le proporcione impresiones fuertes. ¡Mucho cuidado con las impresiones fuertes! Un susto podría ser fatal; cualquier cosa podría ser fatal. Es un hilito de agua. Un hilito nada más.

II

Tenía unos ocho años Romulito cuando los chicos del barrio conseguimos conocerlo. Hasta entonces, sólo teníamos noticia de su existencia por las idas y venidas que originaba. Su aparición en la acera de la casa donde vivía produjo un alboroto general porque apareció como un personaje realmente mágico, todo vestido de militar y rodeado de una feria de juguetes entre los que se destacaban por su importancia un carro con dos caballos, un tambor de granadero y un automóvil de color azul que era una maravilla de la ingeniería. A Romulito le vigilaba una criada de confianza ya algo vie-

ja que lo seguía con la mirada desde la puerta, y en sus juegos le acompañaba un hermanito más pequeño a quien llamaban Polito y que no hacía sino lo que a Romulito se le antojaba. Pronto los chicos nos dimos cuenta de que allí el dueño de todo era Romulito y que su hermano salía a la calle para darle gusto sin contradecirle en nada.

Por las tardes, cuando volvíamos del colegío, los chicos del vecindario nos deteníamos ante la casa completamente embobados, repartiendo nuestras miradas llenas de asombro entre la carita pálida y un poco triste de aquel niño que parecía una flor de estufa, y el rostro cejijunto de la criada vieja que bostezaba frecuentemente sin que nos explicásemos por qué. A la criada los chicos la mirábamos de reojo y con recelo a consecuencia de que algunas veces, cuando los embobados éramos muchos, de pronto se nos plantaba y nos decía:

—¿Ustedes no tienen casa? Entonces, largo de aquí. ¡Largo, largo!

Y nos echaba. Nosotros nos retirábamos arrastrando los pies y con la cabeza vuelta, y así íbamos a detenernos a cierta distancia. La verdad es que nunca protestamos; nos parecía muy natural que nos echasen. Aquel niño tenía algo de príncipe de leyenda y

producía en nuestra alma un extraño sentimiento de superstición. Un día se rebeló y le dijo a la criada:

—¿Por qué los echas, Petrona? Ya te he dicho que yo quiero tener amigos. ¿Por qué no voy a tenerlos?

Esto nos fortaleció y en más de uno infundió coraje para acercarse hasta tocar con un dedito la rueda de repuesto del automóvil. Yo noté que Romulito nos miraba con bondad y que sus ojos azules parecían dos lagunitas de aguas quietas. Probablemente le complacía maravillarnos porque cada tarde nos esperaba con algún juguete nuevo. De pronto solía decir:

—¿Quién lo quiere? Al primero que alce el dedo, se lo regalo.

Pero nosotros permanecíamos inmóviles, como si aquello en lugar de suceder, lo estuviésemos leyendo en algún libro de cuentos con láminas coloreadas. Otra tarde nos llamó para decirnos:

—Anoche me trajeron un teatro. ¿Quieren verlo? No se puede sacar porque es muy grande. Si quieren, entren conmigo.

La criada se interpuso ya alarmada.

—¿Estás loco, Romulito?

Ramulito nos dijo:

—Esperen todos.

Entró en la casa corriendo y a poco reapareció con la mamá, que se asomó al cancel para pedirnos que pasásemos. ¡Qué persona tan simpática nos pareció la madre de Romulito! Tenía la cara muy blanca, el pelo muy negro, las manos muy finas y uno de esos delantales que a los niños tanto les atraen para dejar caer en ellos la cabeza cuando anochece.

—Entren a ver el teatro, — repetía la madre sonriendo.

Al principio ninguno se decidía; pero los chicos son como los carneros, y en cuanto se coló uno, todos entramos detrás. La organización de aquella casa nos fué dejando confusos y perplejos. Andando el tiempo pude comprender que aquélla era una casa en la que todo estaba pendiente del soplo del corazón de Romulito. Había enorme diferencia entre las cosas de Romulito y las cosas de todos los demás. Sus trajes eran los mejores, sus muebles eran los mejores, sus habitaciones eran las mejores. De las seis que tenía la casa, tres la ocupaba Romulito: una, para dormitorio; otra, para ropería; otra, para los juguetes. El cuarto de los juguetes nos produjo un asombro memorable. Allí estaba el teatrito que nos llevaban a ver. Antes de que penetrásemos, Ro-

mulito cerró las dos hojas de la puerta y asomó la cabeza ordenando:

—Ahora ustedes esperan aquí. Cuando vaya a empezar la función tocaré la campanilla. Polito será el portero.

Le encasquetó al hermanito una gorra con un número bordado y lo dejó muy tieso, junto al quicio, de guardián. Nos pusimos a mirarlo de arriba a abajo. Puede decirse que por vez primera tomaba para nosotros importancia aquel menudo personaje secundario. Era un niño blanco y rubio, con los ojos muy claros y redondos, siempre al vaivén de lo que al otro se le ocurría, las manitas hundidas en los bolsillos de un guardapolvo a rayas que contrastaba sensiblemente con las prolijidades de la indumentaria de Romulito. No sé por qué, pero durante toda la maniobra teatral a que asistimos, yo no pude dejar de reparar en el pergenio de aquel Polito que intervenía en el espectáculo como si se tratase de un muñeco más.

—Polito, llévate el sable.

—Polito, tráeme el cañón.

—Polito, tira del hilo.

—Polito, pareces bobo.

Romulito se conducía un poco arbitrariamente, pero sin arrebatos ni empellones pues todo a su alrededor hallábase

ordenado de antemano para que su voluntad no encontrase resistencia. Aquella tarde, cuando ya nos retirábamos, a cada uno nos regaló un juguete que los chicos nos resistíamos a aceptar. Sólo que de pronto dijo, taconeando en el suelo:

—Si no los quieren, los rompo.

Polito salió gritando:

—¡Mamá, mamá!

La madre acudió en seguida y nos obligó a marcharnos con los juguetes. Polito, al vernos salir, rompió a llorar abrazándose a las rodillas de la madre. Le decía:

—Ese tambor que se lleva el de la bufanda blanca, Romulito me había dicho que me lo iba a dar a mí.

Romulito exclamó:

—¡No le hagan caso!

Y agregó:

—Vuelvan mañana, que habrá función.

La madre también nos dijo que volviésemos, y volvimos varias tardes sucesivas. Hasta que un día nos retiramos sin entrar porque la criada vieja salió a avisarnos que Romulito estaba en la cama con un ataque. Todos exclamamos:

—¡Oh!

Y después, aquella noche, ¡cuántas sombras de títeres rodaron por nuestras cabezas!

III

Los doctores entraban y salían.

—Yo creo — les decía el padre, — que esa pandilla de diablos tiene la culpa de todo.

—¡Tal vez! ¡Quién sabe!

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

—En ese caso, volvemos a lo de siempre. Lo que el niño necesita es estar solo. Nada de barullo ni de algazaras. Tranquilidad, tranquilidad, tranquilidad.

Durante una semana, en la casa pudo oirse hasta el vuelo de una mosca. Un día de aquéllos, cuando el enfermito se encontraba ya mejor, llamó a la madre y le dijo que se sentase a su lado, junto a la cama, como tantas otras veces. La madre se le sentó y el niño la miraba sonriendo.

—¿Quieres que te cante algo?

—Ahora, no, mamá.

—Pide lo que quieras, mi alma.

—Ahora, nada. Quiero que te estés así.

La madre se estuvo así, con las pupilas abiertas sobre el alma de su hijo y una mano tendida sobre el embozo de la sábana. De pronto el hijo le puso encima una de las suyas y le dijo con los ojos muy abiertos:

—Mamá, esto no se lo vayas a decir a

nadie, pero hace días que quiero explicarte lo que debes hacer con mis cosas cuando yo desaparezca.

—¿Otra vez, hijo mío?

—No te asustes, mamá. ¿Por qué te asustas? Ya sabemos lo que tiene que pasar. ¿Crees que no lo he comprendido? ¡Oh, sí, sí!

Y añadió más animado:

—El burro, para Polito. No ese burro relleno de estopa que me trajeron de Buenos Aires, sino el otro; un burro natural, de carne y hueso, que me van a traer de campaña cuando nos traslademos a la quinta. Papá me lo ha prometido. ¿Tú no crees que me lo traerán?

—Si papá te lo ha prometido, ¿cómo no te lo van a traer?

—¿Ves? Bueno. Ese quiero dejarlo para Polito, porque será lo mejor de todo. Ahora, el teatro de títeres, cuando a don Pantalón le compongan la cabeza...

—¡Hijo!

—¡Cómo! ¿No te enteraste de que se le rompió? Hay que llevarlo para que lo arreglen.

—Sí, mi alma; mañana mismo. Pero ahora, ¿por qué no duermes? Hoy te has

agitado mucho. Yo te canto la canción que más te guste: la de la provincianita.

—¿Qué provincianita?

—Aquella que le llaman "capullo en flor".

—Bueno, mamá; canta eso. Pero el burro ya sabes para quién es.

IV

Pasaron varias semanas, avanzó la primavera y ya estaban en la quinta cuando ocurrió la catástrofe.

Conviene empezar diciendo que el día en que llegó del campo el burro prometido a Romulito, a Polito le compraron una caja de pintura porque cumplía cinco años. Romulito miró las dos cosas y le dijo a su hermano menor:

—Te presto el burro si me das la caja.

—¿Para tí?

—Claro. ¿Y entonces?

Polito apretó su caja bajo el brazo y corrió a la galería donde estaba la mamá. No se atrevió a decir nada. Romulito dejó el burró para seguir al fugitivo. Cuando lo descubrió en aquel refugio, se detuvo y exclamó sacudiendo una mano:

—Eres muy malo, pero no importa. ¡Te acordarás! ¡Te acordarás!

Se fué a su cuarto y se arrojó en la ca-

ma, donde la madre lo encontró llorando con la misma congoja con que lloraba siempre. La madre se puso a hacerle reflexiones, pasándole la mano por el cabello:

—Esto no puede ser, querido mío. Tu pobre hermano nunca tiene nada. ¿Te va a llamar la atención una triste cajita de pintura? ¿Vas a comparar lo suyo con lo tuyo?

—¡No quiero nada! ¡Qué se la guarde! El burro, cuando me muera, ya no será para él. ¡Ah, no! ¡Ah, no!

La congoja del llanto creció con esto, y poco a poco se fué haciendo tan alarmante que la madre no atinó sino a correr en busca de Polito para engañarlo de modo que le entregase la caja. El niño se la entregó sin decir nada y se quedó contemplando al burro desde la galería, con la frente apoyada en un cristal y las manitas en los bolsillos del guardapolvo a rayas. Cuando la madre volvió a la galería, después de haber calmado a Romulito, cogió a Polito en los brazos y se lo sentó en la falda. Polito entonces se le colgó llorando. La madre también lloraba. Lo besaba y le decía:

—Hijo querido, tú no puedes comprender lo que aquí pasa. Cuando seas un hombrecito, todo lo comprenderás.

A consecuencia de aquel trastorno, otra

vez fué necesario acostar a Romulito. Polito se asomaba por la ventana para verlo, y el enfermo lo llamaba desde la cama. Polito, finalmente, entró en el cuarto, y Romulito le dijo entonces:

—¿Te gustaría que te regalase el burro? Un día te lo voy a regalar. Ahora móntate en él y llévamelo al pesebre para que coma. ¿Quieres, Polito?

El pesebre estaba al fondo de la quinta. Polito dijo que sí porque nunca había tenido voluntad propia; pero como su cuerpo era tan pequeño, llamó al quintero para que le ayudase. Así Polito se encontró encima del burro y se puso a caminar a paso lento para ir a detenerse ante la ventana del cuarto de Romulito. Este se sentó en la cama y le gritó:

—Dale un sopapo para que corra.

Polito le sacudió con una vara y el burro salió trotando con dirección al pesebre; pero el chico no sabía sostenerse, y el burro, a los pocos pasos, lo derribó. El quintero, que lo vió, acudió a levantarlo diciendo:

—Un susto. No ha sido nada.

Cuando lo hubo recogido, notó que el chico tenía floja la cabeza y que no respiraba. El hombre no salía de su asombro porque

V

la criatura había caído en pasto blando y su cuerpo no presentaba ninguna herida.

Aquella noche, a poco de llegar, uno de los doctores le decía al otro en voz baja:

—Este chico no ha muerto del golpe, sino del susto. Seguramente, también tenía un soplido en el corazón.

El quintero recibió orden de mandar el burro al campo antes de que Romulito abandonase la cama.

FIN

INDICE

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

AMAYA FLORENCIO J. — El dolor de vivir	$	3.—
AYBAR SOBRE CASAS. — El amor como redención	,,	2.50
AMICIS EDMUNDO DE. — Joyas literarias (encuadernado)	,,	2.50
ALAS CLAUDIO DE. — Visiones y realidades	,,	2.50
ALAS CLAUDIO DE. — Herencia de la sangre	,,	2.50
ARSAMASSEVA MARGARITA DE. — El brazalete de záfiros (novela)	,,	2.—
BRUMANA HERMINIA C. — Cabezas de mujeres	,,	2.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas	,,	6.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Tratado de Semiología (2 tms. enc.)	,,	30.—
BARREDA ERNESTO MARIO. — Nuestro Parnaso (4 tomos)	,,	8.—
BARREDA E. M. — Una mujer (novela) .	,,	2.—
BARREDA E. M. — Baba del diablo (novelas y cuentos)	,,	2.50
BERMANN GREGORIO. — José Ingenieros	,,	2.50
BOY — Las parejas negras	,,	2.—
BOY. — Marú	,,	2.—
CANCELA A. — Tres relatos porteños	,,	2.—
Id. Id. (en tela)	,,	3.—
CANCELA A. — El burro de Maruf	,,	2.50

POESIA:

CAPDEVILA ARTURO. — Jardines Solos (2.ª edición)	$	2.50
CAPDEVILA A. — Melpómene (4.ª edición)	,,	
CAPDEVILA A. — El Poema de Nenúfar (3.ª edición)	,,	2.50
CAPDEVILA A. — El Libro de la Noche (2.ª edición)	,,	2.50
CAPDEVILA A. — La Fiesta del Mundo (3.ª edición)	$	2.50
CAPDEVILA A. — El tiempo que se fué (1.ª edición)	,,	2.50

CAPDEVILA A. — Zangali . . . . ,, 2.50

DERECHO:

CAPDEVILA A. — Dharma (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma ,,

EXEGESIS

CAPDEVILA A. — El Cantar de los Cantares (2.ª edición) ,, 2.50

TEATRO:

CAPDEVILA A. — La Sulamita (7.ª edi.) ,, 2.50
CAPDEVILA A. — El Amor de Schaharazada ,,
CAPDEVILA A. — La Casa de los Fantasmas ,, 2.—

ENSAYOS:

CAPDEVILA A. — La Dulce Patria . . . . ,,
CAPDEVILA A. — Del Libre Albedrío (Ensayos) (2.° millar) ,, 2.50
CAPDEVILA A. — Córdoba del Recuerdo (2.° millar) ,, 2.50
CAPDEVILA A. — Los Paraísos Prometidos (2.° millar) ,, 2.50
CAPDEVILA A. — América (Nuestras Naciones ante los Estados Unidos) ,, 2.50

HISTORIA:

CAPDEVILA A. — Las Vísperas de Caseros (2.° millar) ,, 2.50
CAPDEVILA A. — Los Hijos del Sol . . ,,

CUENTOS:

CAPDEVILA A. — La Ciudad de los Sueños ,, 2.50

VIAJES:

CAPDEVILA A. — Tierras Nobles (Viajes por España y Portugal (1.ª edición) ,, 2.50
CARRASCO GERMAN. — Rima de inquietud $ 1.50
CICHERO FELIX ESTEBAN. — La vida en cuentos ,, 2.—
CICHERO F. E. — Los Zánganos . . . . ,, 2.—
CICHERO F. E. — Puntos de vista . . . . ,, 2.—
CALLE JORGE. — El pasajero sugerente . ,, 2.50
CORTINA ARAVENA. — Nocturnos y otros poemas ,, 2.—
CORREA LUNA CARLOS. — Alvear y la diplomacia de 1824-25 ,, 2.—

DONOSO ARMANDO. — Sarmiento en el destierro ,, 2.50
EICHELBAUM SAMUEL. — Un hogar . ,, 1.20
EICHELBAUM S. — Un monstruo en libertad ,, 2.50
ESPAÑA JOSE DE. — La mujer de Shanghai ,, 2.—
ESPAÑA JOSE DE.— Psicología de Rosas . ,, 2.—
FABRI LUIS. — Dictadura y revolución . . ,, 2.—
FIJMAN J. — Molino rojo . . . . ,, 2.—
FINGERMANN G. — Estudios de psicología y estética ,, 2.50
FRANCO LUIS L. — Coplas de Pueblo . . $ 2.—
FRANCO LUIS L. — Nuevo mundo . . . . ,, 2.—
GOLDSCHMITH. — Moscú (viaje por la Rusia soviética) ,, 2.—
Id. Id. (en tela) ,, 3.—
GOMEZ IBAÑEZ EDUARDO. — Cantos salvajes ,, 2.—
GONZALEZ TUÑON R. — El violín del Diablo ,, 2.—
GONZALEZ TUÑON E. — Tangos . . . . ,, 1.50
GONZALEZ TUÑON E. — El alma de las cosas inanimadas ,, 1.50
GIMENEZ PASTOR. — Velada de cuentos ,, 2.50
GARCIA VELLOSO E. — Piedras preciosas ,, 3.—
GOUCHON CANE E. — Los héroes del amor ,, 2.—
GRUNBERG CARLOS M. — El libro del tiempo ,, 2.—
GUTIERREZ RICARDO. — La flecha en el vacío ,, 2.50
GERCHUNOFF ALBERTO. — La Asamblea de la Bohardilla ,, 2.50
GERCHUNOFF A. — La Jofaina maravillosa ,, 2.50
GERCHUNOFF A. — El hombre que habló en la Sorbona ,, 2.50
GERCHUNOFF A. — Historias y proezas del amor ,,, 2.50
GERCHUNOFF R. — Pequeñas prosas . . $ 5.—
Id. Id. En pergaminos, numerados ,, 10.—
GALVEZ MANUEL. — Una mujer muy moderna ,, 2.—
GALVEZ M. — La maestra normal . . . . ,, 2.50
GALVEZ M. — Nacha Regules . . . . ,, 1.50
HAYA DELATORRE. — Por la emancipación de América Latina ,, 2.50

HEREDIA PABLO. — Experimentaciones Endócrinas	,,	8.—
HERRERO ANTONIO. — Alfredo L. Palacios	,,	1.50
HOUSE GUILLERMO. — Alma Nativa . . .	,,	2.50
IBARGUREN CARLOS. — Manuelita Rosas (6.ª edición)	,,	2.—
IBARGUREN C. — De nuestra tierra (2.ª ed.)	,,	2.—
KROPOTKINE P. — Los ideales y la realidad en la literatura rusa	,,	4.—
KROPOTKINE P. — Etica	,,	2.50
KRUTKIN. — La taza de Chocolate	,,	1.50
LAGORIO ARTURO. — Las tres respuestas	,,	2.50
LAGORIO A. — El traje maravilloso y otros cuentos	,,	2.50
LONCAN ENRIQUE. — He dicho	,,	2.50
LONCAN E. — Las charlas de mi amigo (2.ª edición)	,,	
LAST REASON. — A rienda suelta	,,	1.20
LEDESMA ROBERTO. — Caja de música .	,,	1.50
LUGONES LEOPOLDO. — El Angel de la sombra	,,	2.50
LUGONES L. — La Guerra Gaucha	,,	3.—
LUGONES L. — El libro de los paisajes .	,,	2.50
LUGONES L. — Las fuerzas extrañas . . .	,,	3.—
LUGONES L. — Lunario sentimental	,,	3.—
LUZ Y SOMBRA. — Chic	,,	2.50
MARECHAL LEOPOLDO. — Los aguiluchos	,,	2.—
MARECHAL L. — Días como flechas . . .	,,	2.—
MALLEA E. — Cuentos para una inglesa desesperada	,,	2.—
MELIAN LAFINUR ALVARO. — Las nietas de Cleopatra	,,	2.50
MARIANI ROBERTO. — El amor agresivo . .	,,	2.—

MARTINEZ CUITIÑO VICENTE.—

TEATRO:

Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera	,,	2.50
Tomo II: El segundo amor. La bambolla. Rayito de sol	$	2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio	,,	2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás	,,	2.50

Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales . . . . ,, 2.50

Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo Mundo . . . . ,, 2.50

MORENO ISMAEL. — La Huerta . . . . . ,, 3.—

MORENO I. — El matadero . . . . ,, 2.—

MORENO I. — La fiesta de Neptuno . . ,, 2.—

MOSQUERA KELLY F. — Del Plata al Illimane ,, 2.50

MENDEZ CALDEIRA MARIA ANGELICA. — Gracia y Castalia ,, 2.50

MERCANTE V. — Paidología . . . . ,, —

MERCANTE VICTOR. — Charlas pedagógicas ,, 3.—

MERCANTE V. — Maestros y educadores . ,, 3.—

MORALES DELIO. — Raymundo Nansen, el atormentado ,, 2.—

MORALES D. — La confesión de Lander Pausarac ,, 2.—

MEDINA ONRUBIA S. — Akasha (novela) ,, 2.—

MEDINA ONRUBIA S. — El vaso intacto . . ,, 2.—

NOGUEIRA MANUEL N. — Los excluídos del amor ,, 2.50

OLASCOAGA LAURENTINO. — Geografía Economía Argentina ,, 6.—

OLASCOAGA L. — Sociología Comparada . ,, 5.—

OLASCOAGA L. — La Leyenda del Castillo de Skokloster (Suecia) ,, 2.50

OLIVERA LAVIE HECTOR. — Una tragedia ,, 2.50

OLIVAN SANTIAGO C. — Las visiones del rondín (cuentos) ,, 2.—

OLIVARI NICOLAS. — La musa de la mala pata ,, 1.—

ORGAZ RAUL A. — Páginas de crítica y de Historia ,, 3.—

OSES MIGUEL. — Eva entre naranjos . . ,, 2.50

PAGANO JOSE LEON. — El hombre que volvió a la vida ,, 2.50

PEYRET MARCELO. — Alta Gracia . . . ,, 2.50

PEYRET M. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) ,, 2.—

PASCARELLA LUIS. — Horas matinales (páginas de un escolar) ,, 1.50

PALCOS ALBERTO. — El genio (segunda edición) ,, 3.—

PALCOS A. — La Vida Emotiva . . . . . ,, 2.50

PALCOS A. — Sarmiento (en prensa)

PALACIOS ALFREDO L. — Universidad Nueva	,,	5.—
PERETZ. — Adán y Eva. Trad. Resnik (Tela)	,,	3.—
QUESADA JOSUE. — Idolos que pasan . .	,,	1.50
RAWSON MANUEL. — Emilio Mitre . . .	,,	2.50
ROLLAND ROMAIN. — Clerambault (segunda edición)	,,	2.—
ROJAS PAZ. — La metáfora y el mundo .	,,	2.—
RENAN ERNEST. — Patricio (enc.) . . .	,,	2.—
RIPAMONTE CARLOS P. — Janus	,,	2.50
RUIBAL SALABERRY Dr. — Higiene Pública. Ingeniería sanitaria	,,	6.—
RINALDINI JULIO. — Críticas extemporáneas	,,	2.—
RINSKY B. — Murmullos del alma (poesías)	,,	1.50
SENET RODOLFO. — Psicología gauchesca en el Martín Fierro	,,	2.—
SCALABRINI ORTIZ RAUL. — La manga .	,,	2.50
SCHIAFFINO EDUARDO. — Recodos en el sendero	,,	2.50
SCHIAFFINO E. — Urbanización de Bs. Aires	,,	4.—
SARAVIA LINARES CLARA. — Lirios de otoño	,,	2.50
SAENZ HAYES RICARDO. — La polémica de Alberdi con Sarmiento	,,	2.50
SAENZ HAYES R. — Los Amigos Dilectos	,,	2.50
SAENZ HAYES R. — España. (Meditaciones y andanzas)	,,	2.50
SAENZ HAYES R. — Perfiles y caracteres	,,	2.50
SARMIENTO DOMINGO F. — Vida de Dominguito	,,	2.—
SAMEUR C. — La liberación de la tierra	,,	1.20
SOTO Y CALVO F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé	,,	2.—
STORNI Y PEREZ FRANCO. — En la sierra de los Cóndores	,,	10.—
TORRE PEÑA JORGE DE LA. — Plata bruna	,,	2.—
VEDIA JOAQUIN DE. — Cómo los vi yo .	,,	2.50
VARELA FLORENCIO. — Rosas y su gobierno	,,	2.—





